

Boletín Salesiano

Revista de las Obras de Don Bosco

Turin — Via Cottolengo N. 32.

SUMARIO.

La familia laica	173
Libros regalados a nuestra Redacción	176
DE NUESTRAS MISIONES. — China: <i>Escenas lastimosas en un lazareto de apesados</i>	174
EL CULTO DE MARÍA AUXILIADORA: Un monumento a María Auxiliadora	180

Gracias de María Auxiliadora	180
POR EL MUNDO SALESIANO: El sucesor de D. Bosco en España: <i>Córdoba, Ronda, Madrid, Carabanchel-Alto</i>	183
Memorias biográficas de Mons. Luis Lasagna	198
Tesoro espiritual	200
Cooperadores Salesianos difuntos	200

La familia laica.



En el penúltimo número de nuestra revista, al tratar de la catequesis doméstica, dejamos indicada la idea de que el *laicismo escolar* es consecuencia necesaria del *laicismo casero*, y hoy vamos a completar nuestro pensamiento. El asunto, además de ser de perpetua actualidad, es también de importancia suma.

La célula de la sociedad es la familia: el individuo sale a la sociedad tal como la familia lo hace; y si bien ésta no puede aisladamente modificar el ambiente producido por el mayor número, puede, sin embargo, escoger aquellos puntos del ambiente donde el aire es más sano y soleado.

No se puede negar que, entre los 300 millones de católicos distribuidos por el globo, los hay a millares que lo son de veras, de corazón e inteli-

gencia. Los hay que han dominado las alturas del pensamiento humano, descubriendo desde allí las profundas cuanto necesarias armonías entre el mundo real y el mundo suprasensible; los hay que han escudriñado los grandes problemas del universo, encontrando sí misterios por doquier, misterios que demuestran el misterio supremo de la grandeza del Creador y la pequeñez de la criatura; pero no la incompatibilidad de esos misterios con los dogmas de la fe católica; sino más bien explicación de los misterios del mundo material por los misterios revelados. Los hay, en fin, que han resistido a las seducciones de mundo y de la carne, y que viven en medio de la opulencia pasando por los bienes temporales sin perder los eternos, haciendo de aquellos medios para alcanzar éstos.

Todos estos hombres los unos han sa-

lido de familias cristianas, tomando la palabra familia en su sentido más amplio, o se la han buscado ellos, formándola algunos a su imagen y semejanza.

¿Pero para qué pararnos a demostrar el hecho que tenemos todos a la vista de que tal como sale el joven de la familia a los 20 y tantos años, así permanece generalmente toda su vida? Y adrede hemos dicho a los 20 y tantos años; porque si sale antes, es demasiado prematuro el cambio, y el nuevo ambiente modificará mucho los sentimientos y convicciones del adolescente. En cambio, un joven que, terminada su educación intelectual y desarrollo físico a los 20 o 25, en la familia o en un medio familiar donde asimile las convicciones y sentimientos de aquella, pasa a la vida pública para formar otro hogar, como la dirección está dada definitivamente será caso raro que ese hombre se salga de los rieles tradicionales; sobre todo si las ideas religiosas del padre gobiernan aún su inteligencia. Si a eso se añade la condición social, que lo fija en una posición determinada por iguales ideas, el joven llegará a la virilidad por idéntica senda; y eso dará lugar a una de esas genealogías en las que la religiosidad profunda pasa de padres a hijos como parte de la vida misma.

Lograr este fin, que el joven se forme en ese ambiente sano dentro o fuera de la familia, es decir, a ratos fuera y a ratos dentro, pero siempre en el mismo *clima moral*, debe ser el grande anhelo de todos los padres cristianos, que consideran la salvación de sus hijos como el fin último, y por tanto absolutamente necesario, de la educación.

Por desgracia muchísimas familias cristianas pierden de vista ese fin último de la educación, que, en resumidas cuentas, no puede ser otro que el fin del hombre; sólo piensan en el fin inmediato, en el fin terreno, sin con-

siderar que nuestra existencia terrenal es el medio para alcanzar la vida eterna. Y como todo ser racional, aunque no sepa que quiere decir lógica, coordina los medios al fin según sus alcances, perdiendo de vista el fin verdadero, se invierten los términos tomando los medios por el fin; de donde resulta un fin de la vida puramente material, pagano, y todo se dirige a eso. Quitándole a la vida su fin sobrenatural, lo mismo en la familia que en la sociedad sino en teoría a lo menos en la práctica, bien se ve que se va a parar al laicismo absoluto; y en la familia sobre todo, donde se determina y concreta el fin de la vida con la primera educación, aparece el laicismo casero que viene a ser después el laicismo escolar, el laicismo jurídico, el laicismo político, y tantos laicismos más que se resumen en laicismo social, o sea, en el ateísmo.

Pero no acaban aquí los *ismos*, el más negro es el cataclismo que viene después en el cual se hunden la familia, las instituciones, las autoridades, las naciones mismas; y finalmente, el *ismo* más negro aún, el eterno abismo, en el cual sufrirán tormentos inacabables, sin consuelo, sin amor, sin esperanza, los que abandonaron voluntariamente la senda del fin último, la santa Religión que nos conduce a Dios.

¿Qué hace falta, pues, para que el laicismo no invada los hogares? Que en la conciencia de los padres se mantengan vivas las eternas verdades de nuestra fe; que el temor de Dios y la obediencia a sus legítimos representantes informen la vida práctica, la vida del hogar; lo demás vendrá de suyo.

Las obras de beneficencia que la caridad cristiana ha realizado y realiza en la educación religiosa de los niños, no miran a sustituir la acción de la familia, sino a suplir sus deficiencias. Estas defi-

ciencias, voluntarias en los más, son las que han movido a los apóstoles de la juventud a fundar congregaciones y establecimientos donde los niños recibieran el pan del alma, y a veces el del cuerpo, que sus padres no habían podido o querido darles.

Para los que no pudieron bastante desgracia es el no haberlo podido; pero los que por culpable negligencia, cuando no por premeditada malicia, introdujeron en sus hogares la más mala costumbre de no practicar ningún acto de religión ni enseñarla, llevando su negligencia o impiedad a prescindir por completo de Dios y de la Iglesia en la vida del hogar y en la educación de los hijos, que es lo principal de la vida doméstica, ¿qué excusa pueden alegar?

Es cosa que espanta el pensar que estas rachas de impiedad disfrazada de laicismo, que soplan sobre todos los órdenes de la vida, arrancan precisamente del seno de las familias, y de familias que *pueden* muy bien educar sus hijos según las máximas de Jesucristo y de su santa Iglesia.

Nosotros que escribimos sobre todo para nuestros cooperadores, los conjuramos por lo que más amen en este mundo, que será sin duda el alma de sus hijos, a restaurar todas las cosas en Cristo; pero entre estas cosas, la principal que se debe restaurar es la familia. Si la educación del niño lleva en sí el porvenir del hombre y de la sociedad, la familia que produce al niño y lo transforma en hombre es el verdadero taller donde se realiza la educación. En la instrucción interviene más la escuela; pero ésta es en general lo que *las familias* quieren que sea.

No se repetirá jamás lo suficiente que el hombre se forma sobre las rodillas de la madre. Napoleón quería que la educación del niño comenzara con la educación de la madre; y si

bien la expresión es un poco deficiente encierra sin embargo una gran verdad: que sin la familia no hay, generalmente hablando, educación posible. Pero como al hablar de educación entendemos, ante todo, la educación de los sentimientos y de la voluntad para formar el carácter, que da la fisonomía moral al individuo, hay que añadir que a la acción de la madre debe acompañar la del padre.

En la niñez propiamente dicha la madre es quien guía ordinariamente la conciencia del niño; al entrar en la adolescencia la joven continuará mirando a la madre; el niño se va sintiendo hombre y toma de la conducta del padre las enseñanzas de la vida. ¿Quién no sabe que en la mayor parte de los casos la obra religiosa de la madre se desmorona por la acción invisible pero eficaz de la indiferencia paterna?

Es que así como en el orden fisiológico la Providencia ha querido que unidos por el amor concurren los dos a la formación del ser humano, del mismo modo en el orden psíquico, para que la obra sea perfecta, han de ser ambos los que deben concurrir a la formación del ser moral; y la formación religiosa, base de la educación moral, debe ser también obra del padre y de la madre, a no ser que la Providencia disponga otra cosa.

Lo que sucede ordinariamente es que la madre suele ser *confesional* y el padre *neutro*, para hablar la jerga del día; de modo que el *laicismo* entra poco a poco en la vida doméstica y va royendo los sentimientos religiosos de los mayorcitos, llevando al joven a la indiferencia o incredulidad paterna, aunque siga respetando y aun admirando la piedad sincera de la madre.

A vosotros, pues, lectores, que sois jefes de familia os toca dar buen ejemplo. Cooperad a la labor cristiana

de vuestras devotas esposas; y ya que en ese delicioso templo de vuestro hogar os ha hecho el Señor *pontífices*, no seáis *pontífices laicos*. En ese templo vosotros sois sacerdotes del Altísimo: ahí os está encomendada la predicación, el culto y la plegaria pública; vuestra bendición es un sacramento, sino en el sentido propio, en un sentido muy verdadero, pues a ella, como nos enseñan los libros santos, están vinculadas las gracias del Cielo. Predicad con la palabra y el ejemplo: la palabra del padre puede resonar en el corazón del joven con más eficacia que la palabra del sacerdote, porque hay circunstancias en la vida tan solemnes que asocian para siempre la voz del padre a los recuerdos más hondos, porque es asociar la voz del ministro de Dios a la voz del ministro de la naturaleza. Ejerced el culto: un hogar sin prácticas religiosas, sin cuadros de santos y de la Virgen, sin crucifijo, es un templo iconoclasta, sin liturgia, sin altares y sin imágenes. En presencia de Jesús crucificado y de su bendita Madre, dirigid la oración común, que es la plegaria pública de ese templo. Que vais ya a la iglesia a rezar y a cumplir con vuestros deberes religiosos, tal vez lleváis a vuestros hijos... es necesario, pero no basta. ¿Por qué hemos de ser cristianos en la iglesia y paganos en casa? ¿No es esto crear la familia *laica*?



Libros regalados a nuestra Redacción.

De la Librería HEREDEROS de Juan Gili Cortes 581, Barcelona.

Apología del Cristianismo por el dr. Pablo Schanz. Traducción del Dr. D. Modesto H. Villaescusa.

Esta famosa apología, una de las mejores que la sabia Alemania ha producido en estos últimos tiempos, forma parte de las *Obras apologeticas*, que con tanto esmero y sentido de la realidad viene editando la casa Gili. El Dr. Schanz, muerto santamente en 1905, siendo rector de la Universidad de

Tubinga, era el hombre más a propósito para realizar el grandioso plan de esta apología que abarca todos los grandes problemas de la *religión* y la *ciencia*.

La obra se divide en tres partes; cada parte constará de dos volúmenes en 4º, por consiguiente, la obra entera se compondrá de seis gruesos volúmenes en 4º, de 400 a 500 páginas cada uno, impresos en papel verjurado de superior cualidad, con todo el esmero y pulcritud propios de los talleres de esta Casa.

Lo mismo podemos decir de la encuadernación, pues para darle mayor realce, se ha hecho una plancha especial alegórica, la cual, tirada en oro y colores, en rica tela inglesa, da a los tomos un aspecto agradable y artístico, digno del áureo contenido de la obra.

PARTE PRIMERA: DIOS Y LA NATURALEZA.

I. Apología y Apologetica. II. Historia de la Apología. III. Religión e Historia. IV. La Religión y el hombre. V. Conocimiento natural de Dios. Tradicionalismo y ontologismo. VI. Principio y fin. VII. La vida. VIII. La planta y el animal. IX. El animal y el hombre. X. Fin y objeto. XI. Virtud y recompensa. XII. Esencia y existencia de Dios. XIII. El alma. XIV. Monismo y dualismo. XV. La Creación. XVI. El relato bíblico de la creación. XVII. El sistema del mundo. XVIII. Unidad de la especie humana. XIX. Antigüedad del hombre. XX. El diluvio.

PARTE SEGUNDA: DIOS Y LA REVELACIÓN.

I. La historia de las religiones y el Cristianismo. II. La religión de los indos. III. La religión de los iraníes. IV. La religión griega. V. La religión romana. VI. La religión germana. VII. La religión china. VIII. La religión egipcia. IX. La religión de los semitas. X. El pueblo de Israel. XI. El Talmudismo. XII. El Islamismo. XIII. Los pueblos bárbaros. XIV. Origen del Cristianismo. XV. La Revelación. XVI. Las profecías. XVII. El Milagro. XVIII. Razon y fe. XIX. Autenticidad de la Sagrada Escritura. XX. Inspiración de la Sagrada Escritura. XXI. Exposición de la Sagrada Escritura. XXII. El Evangelio y los Evangelios. XXIII. La vida de Jesús. XXIV. La persona y existencia de Jesús. XXV. Doctrina y obras de Jesús. XXVI. Dios y el hombre.

PARTE TERCERA: JESUCRISTO Y LA IGLESIA.

I. La Revelación cristiana y el desarrollo de la doctrina eclesiástica. II. El Reino de Dios. III. La Iglesia en la Sagrada Escritura. IV. Notas de la verdadera Iglesia. V. La Iglesia Apostólica. VI. La unidad de la Iglesia. VII. La Iglesia católica. VIII. La infalibilidad de la Iglesia. IX. La Iglesia única que da la justicia. X. La santidad de la Iglesia. XI. Escritura y Tradición. XII. Primacía de San Pedro. XIII. Primacía del Papa. XIV. Infalibilidad pontificia. XV. La Iglesia y la civilización.

Condiciones generales de venta.

La obra que Dios mediante, quedará terminada en todo el corriente año de 1913, se publica por tomos al precio de 6 pesetas cada uno en rústica, y 8 lujosamente encuadernado. El precio total de la obra será de 36 pesetas en rústica y 48 en tela. Todo subscriptor a la obra recibirá los tomos, a medida que se vayan publicando, francos de porte y certificados por su precio corriente de 6 pesetas en rústica y 8 encuadernados. En cuanto a los de América y extranjero, deberán añadir 1 peseta por cada tomo y 6 por la obra completa, para atender el aumento de gastos que ocasiona el envío.

Pago anticipado.

A los que se suscriban a la obra y anticipen el importe total de la misma, se les librará el recibo correspondiente y se les hará una importante rebaja, esto es, les costará la obra completa 30 pesetas en rústica y 42 encuadernada, cantidad que deberán remitir a los Editores para obtener la ventaja que ofrecen. En las mismas condiciones la recibirán los de América y los del extranjero, añadiendo 6 pesetas al importe de 30 en rústica y 42 encuadernada.

Agradecemos el ilustre traductor la atención del primer volumen y esperamos ir recibiendo los restantes.



DE NUESTRAS MISIONES

CINA.

Escenas lastimosas en un lazareto de apestados. (1)

(Carta de D. Luis Versiglia)

Heung-Shan (Macao, China) 24 de enero de 1913.

Hacia más de una semana que el contagio continuaba en toda su intensidad y el lazareto estaba siempre lleno, no faltando entre aquellos desgraciados algunas almas que se convertían.

Um hombre de estatura gigantesca, un verdadero Hércules, luchaba con la enfermedad, atado con dos fuertes cadenas por los pies, precaución que no tenía nada de superflua, pues si aquel coloso estuviese suelto, en un ímpetu de delirio, podría causar alguna desgracia. Me acerqué y empecé naturalmente a hablarle del mal y él me mostró cuatro grandes bubones que tenía en los sobacos y el cuello.

Le hablo de Dios y del cielo, y me escucha maravillado y satisfecho al mismo tiempo; le pregunto si quiere bautizarse y me responde que sí. Muy contento yo de haberlo alcanzado tan fácilmente, me apresuré a completar la instrucción que las circunstancias permitían y lo bauticé.

Cuando sintió el agua sobre la cabeza, dió de repente una sacudida con un grito que parecía un rugido.

— ¡No, no! exclamó.

Tal vez fuese una tentación del demonio o una ficción suya. Me desconcerté y le dije casi sin darme cuenta:

— ¡Infeliz! ¿Y así me has engañado? ¡Cuidado, que con Dios no se juega!

El pobre hombre más desconcertado que yo, con un movimiento instintivo me agarra de la sotana y me dice casi llorando:

— ¡Perdóname, padre; no supe lo que hice! ¡El agua fría que has vertido sobre mi frente caldeada por la fiebre, me ha hecho una impresión demasiado violenta; no pude contenerme, perdóname; no te vayas; yo quiero ir al cielo; perdóname, perdóname!

Casi me daban ganas de llorar.

— Está tranquilo, le repliqué, está tranquilo; he comprendido.

Le puse al cuello un pequeño crucifijo, que besó llorando, diciéndole al mismo tiempo:

Estréchalo de cuando en cuando contra tu pecho, y dile con todo tu corazón: ¡Jesús Salvador, ten piedad de mí!

Me lo prometió con un movimiento de cabeza, pues la emoción le impedía hablar; yo en tanto lo bendije y me alejé.

El día después, vuelvo a verle y había ya muerto; pero todavía estrechaba el crucifijo contra su corazón.

Di la vuelta de costumbre y me pareció que aquél sería un día infructuoso; hasta creí adivinar entre los sirvientes del hospital alguna maniobra hostil. Ya me disponía a salir resignado, cuando oigo unos gritos lastimeros de la parte del mar.

— ¿Qué pasa? pregunté a los enterradores que estaban allí.

— ¿No ves? me respondió uno con mucha indiferencia.

Me fijo, y veo una pobre mujer desgredada que seguía un ataúd dentro del cual venía un hijo suyo de unos cinco años. La desgraciada lo traía al lazareto para curarlo; había venido en una lancha y al desembarcar se le desmayó en sus brazos; se lo cogieron y lo echaron sin más en el ataúd, llevándolo al depósito de los muertos. Me volví a los que lo llevaban y les rogué me lo dejaran ver.

— Esta muerto ya, me respondieron. ¿Quieres resucitarlo?

No hice caso de la pulla y los seguí al depósito, que estaba lleno de cadáveres deformes, amontonados sobre el pavimento. Sin fijarme demasiado en tan horrible espectáculo, me acerqué al cuerpo del pequeño, le toqué la frente y estaba todavía tibia; le cojo la manita y me pareció sentir un ligero temblor; puse la mano sobre su corazón y latía aún. ¡Deo gratias! Temos tiempo. Lo bautizo, y apenas terminé la fórmula, otro estremecimiento convulsivo me indicaba que acababa de expirar. La infeliz madre llora y grita desesperada desde afuera; los guardianes la miran con una sonrisa casi burlona; pero su pequeñuelo estaba ya entre los ángeles.

(1) V. número anterior.

He dicho que me parecía adivinar alguna hostilidad en los sirvientes del hospital, y era verdad; examiné la cosa y encontré en seguida el medio de hacérmelos amigos dándoles alguna propina.

La misma tarde volví al lazareto. Uno de ellos, como para hacerme ver el interés que se tomaba, me condujo a un compartimiento donde se hallaba un enfermo vestido de mandarín preparado para una gran ceremonia. En posición supina sobre las dos tablas, tenía los zapatos de rúbrica, una túnica vieja y larga, algunos adornos supersticiosos en el pecho y en la cabeza su airoso sombrero de mandarín; los zapatos y el sombrero eran de papel.

Lo examino, y veo que la piel de la cara parecía un pergamino ahumado cubriendo un esqueleto. Tenía los ojos cerrados y las manos extendidas rígidamente a los lados como un cadáver; y tal lo hubiera creído si una leve oscilación del pecho no me indicara que aun respiraba.

Al ver aquella figura no pude disimular una sonrisa y le dije al enfermero.

— ¿Para qué me has traído?

— Preguntásele a él.

— ¡Eh! *Sin Sang* (maestro) ¿qué haces aquí?

— Me preparo para que me reciban en el otro mundo, me respondió con voz débil sin inmutarse.

— ¿Y quién te recibirá?

— *Jim-lo-vong* (el rey del abismo).

— ¿Y no sería mejor que te recibiese el Rey del Cielo?

— Yo no sé el camino.

— Te lo enseñaré yo.

No me dijo ni sí ni no; tomó una actitud como si dijera: Véámoslo.

Le expliqué un poco de catecismo, hablándole de la existencia de Dios, Creador de todas las cosas, del deber de adorarle, del premio que reserva a los buenos y el castigo de los malos, de la Encarnación, Pasión y muerte de Jesús, del primer medio de aplicar los méritos de la redención, el bautismo, etc. etc. Al fin le preguntó:

— ¿Qué te parece de esta doctrina? ¿Quieres abrazarla y que te bautice?

— ¡*Hon lá!* (está bien).

— Entonces quítate ese sombrero y demás objetos supersticiosos. Y sin más alargo la mano y le quito el sombrero... ¡No lo hubiese hecho nunca! Se sentó de un golpe aullando como una fiera:

— ¡No! ¡No será jamás que yo me presente en el otro mundo sin las insignias de mi dignidad...!

— ¡Vaya un moribundo! dije para mi sotana; procuré calmarlo, pero inútilmente.

— ¡Me presentaré al rey del abismo! seguía

vociferando. Y desgraciadamente no hubo medio de convencerlo.

Desde entonces la peste fué disminuyendo, y debiendo trasladarme a otra cristiandad por varios días, me substituyó en las visitas al lazareto D. J. Olive que había llegado aquellos días, con otros hermanos; el celo de cada uno de ellos hizo también nuevas conquistas.

Una vez de vuelta, volví al lazareto. En esta ocasión casi todos los enfermos eran niños. Con éstos, cuando se ve que hay esperanza de vida, si los padres no consienten en bautizarlos, se espera un momento en que no haya nadie, y lo que importa se hace pronto. De este modo salvamos más de treinta.

Se presentaban también adultos, pero no con síntomas graves; y como había esperanza de curación, manifestaban mucha repugnancia a convertirse.

Entre ellos estaba una mujer ya entrada en años a quien su marido no perdía de vista. Más de una vez procuré persuadirla a que se hiciera cristiana; el marido no se oponía; pero ella resistía siempre.

— *Man, man*, (más tarde) decía; lo pensaremos. Sin embargo, el mal, que había estado estacionario durante algunos días, se agravó de súbito y la puso en poco tiempo fuera de sí.

Pasando de nuevo por allí la llamé; el marido mismo la sacudió, pero ella no daba señales de comprender y sólo exhalaba algún gemido de cuando en cuando.

Como no se había negado absolutamente, la bauticé *sub conditione*... La pobrecita luego murió.

Finalmente, los casos se hicieron cada vez más raros; y un día, en que no había nada que hacer en el lazareto, fleté una barca, pasé el estrecho y me llegué hasta Macao. En el Seminario y en otras casas algunos amigos me invitaron a pasar allí la noche. Pero yo contesté que debía volver al lazareto.

— Tal vez, añadí, no encuentre ya al que en vano busqué hoy.

Vuelvo, en efecto, y me encuentro con una joven de unos veinte años que acababa de llegar. En su semblante se veía el cansancio; a su lado estaban la madre y dos hermanos.

— ¡Pobrecita! Sufres mucho ¿verdad?

— *Um-kong-tak-ciot-kei-to* (no puedo decir cuanto).

— ¿Quieres irte al cielo? Allí estarás muy bien y acabarás de sufrir.

— Ya van dos días que llevo caminando para llegar aquí; ahora estoy cansadísima y no puedo moverme; no puedo dar ni un paso más.

— No se trata de caminar; cree en Dios y él pensará en llevarte al cielo sin fatiga alguna.

Sus grandes ojos, que reflejaban una cierta ingenuidad, se volvían ya a la madre ya a los hermanos, como preguntándoles qué debía hacer. Estos le respondieron a una:

— Si no tenemos dinero... ¿cómo nos arreglamos para adorar a Dios?

— El Dios de los cristianos, repuse, no es como vuestros dioses que no se pueden honrar sin dinero. Ni yo tampoco lo quiero; lo que deseamos los misioneros es hacer bien a las almas.

— ¿Posible? ¡Y tú rezas sin que te paguen? dijo uno de los hermanos. ¡Qué diferencia de nuestros bonzos!

— Pues bien, repuso por fin la madre, ya que lo haces por caridad y no por dinero, nos fiamos de ti joh extranjero! Creo en tus palabras y te ruego que hagas por mi hija cuanto puedas para que sea feliz.

La joven escuchó con mucha satisfacción la buena nueva que yo le evangelizaba, consintió explícitamente en que se la bautizase, y la bauticé. También le enseñé algunas jaculatorias, y me fuí dado gracias a Dios.

El día después no la encontré.

— ¿Dónde está? le pregunté al portero.

Me indicó la montaña de en frente, es decir, cementerio.

— ¿Cuándo murió?

— Ayer tarde, poco después de que te fuiste. ¡Cuán grande es la misericordia de Dios!

Me detuve algunos días más en el lazareto; y haciendo mis cálculos, resultó que pasaban de 94 las almas que habíamos bautizado.

Hacía ya un mes que el lazareto estaba cerrado, cuando un día se me presente un joven bien vestido y muy sano que pregunta por el Padre.

Me llaman y al verlo me besa la mano, diciéndome:

— ¿No me conoces?

— En verdad que no recuerdo... ¿Quién eres?

— Me llamo *Jok Cheong*, estoy en Macao...

— Con esos datos no caigo...

— ¿No recuerdas que me bautizaste en el lazareto de *Wan Chai*, poniéndome por nombre Juan?

Miro el registro de los bautismos administrados entonces, y

— No cabe duda, exclamé; he aquí el Padre que te bautizó.

Entraba en aquel momento el P. Bernardini al cual besó también la mano, añadiendo:

— El buen Dios que me hiciste conocer, me salvó de la pestilencia, y ahora vengo a darte las gracias y a rogarte que me enseñes a dárse las también a Dios por el doble beneficio.

Le dimos un catecismo y una recomendación para un sacerdote de Macao a fin de que completase su instrucción... y ahora es un buen cristiano.

Otro escapó también del terrible azote; pero volvió a su tierra y no volvimos a saber de él.

Antes de terminar, debo elogiar la conducta de nuestro diligente catequista *Wong Teium*; éste nos ayudó muchísimo no sólo en la explicación del catecismo, sino además en la asistencia de los enfermos; pues habiendo sido enfermero de un hospital inglés, nos servía admirablemente para indicarnos cuando no había tiempo, para bautizar en seguida, y cuando podíamos esperar; y difícilmente fallaba. Trataba a los apestados con toda exactitud, arreglaba su ropa, las mantas, y les daba de comer con delicadeza maternal. Le preguntamos si no tenía miedo de contagiarse:

— ¿Por qué? respondió. ¿No estamos en las manos de Dios? Yo vengo de mil amores a practicar estas obras de caridad, porque cuantos más bauticemos más protectores tendremos en el cielo que rogarán por nosotros.

Cuando lográbamos bautizar un buen número, volvía a casa más contento que unas pascuas y no se le caía de los labios esta expresión: « ¡Hoy tres... cuatro... cinco protectores! » Y así diciendo levantaba los ojos y la pipa (no ya de opio) al cielo...

Mientras la peste nos daba tanto qué hacer, no descuidábamos lo demás; y gracias a Dios de cuando en cuando no falta alguna conversión de familias que entran en el seno de la Iglesia... ¡Cuánto más haríamos si tuviéramos buenos catequistas!

Los chinos del campo son ordinariamente más sencillos y están mejor dispuestos para aceptar la verdad; pero como son trabajadores y pobres, no tienen tiempo para aprender la doctrina. Es preciso por lo tanto visitar sus casas una por una al anochecer, que es cuando se les encuentra.

Por esto hacía falta en cada pueblo un catequista permanente, para poder visitar algunas cada noche. La dificultad está en los medios. Encontrar ya se encontrarían catequistas, pero hace falta pagarlos bien y mantenerlos. En suma, se necesita formar catequistas de uno y otro sexo y al mismo tiempo tener recursos para retribuirles convenientemente su trabajo; con esto quedaría el problema resuelto en gran parte.

He aquí, Rmo. Padre, algo de lo que van haciendo con la gracia del Señor estos sus hijos lejanos. Ténganos presentes en sus oraciones, y haga de modo que otros hermanos llenos de celo y energía se dispongan a venir aquí, para recorrer estos pueblos en busca de almas.

Bendíganos, amado Padre, y créame en nombre de todos su afmo. hijo in corde Jesu

LUIS VERSIGLIA, Pbro.
Misionero salesiano.



EL CULTO de María Auxiliadora

Nós tenemos la persuasión de que, en las vicisitudes dolorosas de los tiempos que atravesamos, no nos quedan más consuelos que los del Cielo, y entre estos, la poderosa protección de la Virgen bendita, que fué en todo tiempo el Auxilio de los Cristianos.
PIO X.

UN MONUMENTO a María Auxiliadora.

La devoción a María Auxiliadora se ha hecho ya popular en Punta Arenas; y para manifestarlo, el pueblo ha contribuido, a levantar una estatua a la Virgen de D. Bosco en la plaza que esta delante de la iglesia parroquial. La inauguración ha sido solemnísima, bendiciendo Mons. Fagnano el monumento el 23 de abril. Asistió muchísima gente y la banda del batallón de Magallanes contribuyó no poco a avivar el entusiasmo. Las campanas al vuelo, las notas vibrantes de la banda, los aplausos y vivas, los tantos, las palomitas que se elevaban sobre la muchedumbre jubilosa, todo ello daba en el momento de descubrirse la estatua una impresión de religiosidad y entusiasmo inolvidable. El Sr. Gobernador eclesiástico dirigió al público una elocuente alocución que los asistentes aplaudieron calurosamente. El Sr. Gobernador por su parte felicitó a los salesianos en su brillante improvisación, dedicando hermosos párrafos a la parte que en el progreso de Punta Arenas corresponde a la obra salesiana, cuyo vigésimoquinto aniversario en aquellas tierras se recordaba con el monumento.

Este ha costado \$ 34.000 y mide 12 mts. de altura. La estatua de la Virgen Stma., de mármol blanco de Carrara, descansa sobre una columna monolítica del mismo mármol, de estilo jónico y estriada en su parte inferior; la cual a su vez tiene por base un enorme bloque de granito bruñido.

Sobre el bloque y en el frente del monumento, destácase un busto de bronce del Ven. Don Bosco; y en las cuatro caras sendas placas, también de bronce, con otras tantas inscripciones in-

dican el móvil altísimo que inspiró la erección del monumento. En la inscripción anterior léese: *A María — Auxilio de los cristianos — los católicos de Magallanes — 1912*; y en la posterior: *Homenaje a la Excelsa Patrona — de las Obras del Ven. D. Bosco — en conmemoración — del XXV aniversario — de las Misiones Salesianas — en este Territorio — 1887-12 de Julio 1912*. Coronan las placas tres hermosos escudos de bronce: el chileno, el salesiano y el de Magallanes. Finalmente, rodean la base inferior del monumento buen número de rocas naturales caprichosa pero graciosamente dispuestas.

El monumento había sido adornado para la ceremonia con el más exquisito primor. Del basamento de la columna pendía un cortinaje de tul encarnado, que ocultaba las cuatro caras del bloque granítico, y numerosas cintas blancas, destinadas a los padrinos, que llevaban inscripciones alusivas al acto y medallas de plata con la imagen de la Virgen.

¡Que María Auxiliadora desde su nuevo trono bendiga su devota ciudad, regada durante cinco lustros con los sudores de sus hijos, los Salesianos!

GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA. *

Ecija. * — En más de una ocasión he experimentado cuan eficaz es la devoción a María bajo el glorioso y consolador título de Auxiliadora.

Emilia Valderrama, mi amada sobriñita, había sufrido una caída que le causó grave daño en una rodilla; nadie fué testigo del suceso y ella, por no alarmar a la familia, no se atrevió a revelarlo.

Sintiéndose a los pocos días indispuesta, llamó al médico, quien recetó conforme al resultado

(*) Ateniéndonos a las prescripciones de N. S. M. Iglesia, no entendemos dar a estas gracias más valor que el que merecen atendibles testimonios humanos.

de sus indagaciones, y claro es, que, desconociendo la verdadera causa, no pudo acertar con el remedio.



Punta Arenas. Monumento a María Auxiliadora.

La enfermedad continuaba en tales términos que llegamos a recelar de la salud de mi sobriñita.

Sin dar a nadie cuenta de mi determinación, comencé una novena a María Auxiliadora, prometiéndole publicar la gracia y dar una limosna si alcanzaba su curación; y ¡extraña coincidencia! aún no la había terminado, cuando de una manera inesperada llegóse a averiguar el hecho, causa de la enfermedad. Enterado el facultativo explicó claramente la dolencia y en breve pudo hacer que desapareciera, librando así a la joven de gravísimas consecuencias.

Ya en otra ocasión pude probar los consoladores efectos de la bondad de tan buena Madre, logrando que una criada mía saliera con felicidad de trance apurado.

Por una y otra gracia le quedo eternamente agradecida, y cumplo mi promesa publicándolas y entregando una limosna para su culto.

Abril de 1913.

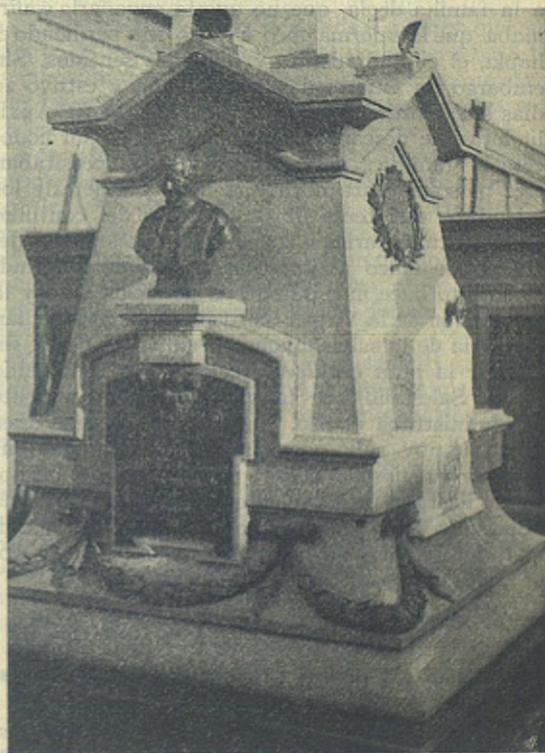
ELOISA VILLANUEVA.

Ecija. - Durante varios años he venido padeciendo penosísima enfermedad que me causaba dolores agudísimos y a veces me impedía el cumplimiento de mis deberes. Hace algunos meses llegó a agravarse de tal modo que hube de sujetarme a una dolorosa operación. A este fin, acompañado de mi esposa, me puse en camino para Madrid, pero otra prueba me tenía reservada tan bondadosa Madre; mi amada esposa contrajo una enfermedad que nos alarmó seriamente. En medio de tantas penalidades confiaba en la Virgen Auxiliadora y no salieron vanas mis esperanzas. A poco tiempo, mi esposa curó y hoy se encuentra completamente restablecida; la operación a que me sometí resultó feliz, y yo agradecido doy una limosna y publico la gracia.

Abril de 1913.

Un devoto.

Montilla. — Habiendo sido mi padre desahuciado por los médicos en una grave pulmonía a raíz de haber guardado cama algunos meses de resultados de un fuerte golpe que recibió en una pierna trabajando en el campo, le administramos los últimos Sacramentos; y en este mismo día, por indicación de un insigne bienhechor de esta localidad



Base del monumento.

dad, me apunté en las escuelas de los P. P. Salesianos. Mi maestro al enterarse que mi padre estaba agonizando, me dió una medalla de M.A. para que se la colgara al cuello, rezando al mismo

tiempo una Ave-María. Así lo hice apenas llegué a mi casa, alegrándome sobremanera de encontrarlo aún con vida. Y ¡oh poder y bondad de M. A.! desde entonces fué mejorando de tal modo, que a los pocos días ya había desaparecido el peligro, después de cerca ocho meses de estar postrado en cama, encontrándose al presente completamente bueno.

Gracias mil ¡oh María Auxiliadora! Quiera Dios que algún día os pueda pagar esta deuda de gratitud, consagrándome todo a vos en la Congregación Salesiana.

Mayo 1913.

ANTONIO ROMERO.

Buenos Aires.— Doña Petra E. de Rubiños, de 78 años de edad, gozaba de bastante buena salud hasta el 4 de mayo del año pasado, día en que de repente cayó gravemente enferma con parálisis en todo el lado derecho y ataque cerebral. Se buscaron en seguida los auxilios espirituales y un médico, el cual dijo que se pasmaba hubiera quedado con vida del ataque (pues le daban violentísimos cada media hora y menos). Al día siguiente, vino el médico de casa el cual dijo lo mismo, añadiendo que dada la edad de la enferma era caso perdido; los siguientes días, aunque recetaba por complacer a la familia decía, que no quería engañarla y afirmaba que la enferma poco a poco iría perdiendo el habla, el entendimiento y todos los sentidos. Sin embargo, la enfermedad se alargaba y estuvo 20 días sin dormir hasta la víspera de María Auxiliadora que descansó algo; más de 70 sin conocer a la familia; para alimentarla se necesitaban tres personas para abrirle la boca y sujetarle los miembros que tenía libres. A pesar del continuo cuidado, tuvo varias llagas en diferentes partes del cuerpo de cinco a diez centímetros de longitud. Todo esto hace más patente el poder de Dios y la intercesión de la Virgen Santísima a la cual pedían la gracia de la salud muchas personas piadosas, sin olvidar la gran caridad y celo de un Reverendo Padre Salesiano que la visitaba frecuentemente y administraba el Sto. Viatico cada quince días. El 24 de nov. salió por primera vez a cumplir sus deberes religiosos; desde entonces sigue mejorando hasta el presente en que, agradecida a María Santísima ofrece en su honor una misa con bendición del SS. S. y 40 pesos para la obra de las vocaciones que está bajo su protección.

Marzo de 1913.

Una Cooperadora.

Dan también gracias a María Auxiliadora y envían su limosna:

Albalate de las Noguerras (Esp.). — Una devota, por haber recuperado un objeto que ya daba por perdido.

Asunción (Paraguay). — C. B., por haber librado a su hijo de una grave enfermedad de la garganta. — *Id.*: Marciana de Jesús Corralais, por un favor muy grande. — *Id.*: S. G., por haber librado a su sobrino de una grave dolencia sin necesidad de operación. — *Id.*: Rosalba Ferrero, por haberla librado de una fiebre maligna que la acometía después de los partos.

Barcelona. — Teodoro Gotós, por la curación de su madre y manda 5 ptas. — *Id.*: Eugenio Gual, por haberle librado de una gravísima enfermedad.

Buenos Aires. — Teresa C. Craviotto, por la curación de su hija Celia y envía su limosna.

Barajas de Melo Cuenca, (Esp.). — Dionisio Muñoz, por haber librado a su esposa de unas várices peligrosísimas que le impedían todo movimiento, y se hace cooperador.

Boconó (Venezuela). — Mercedes M. de Berti, por haber obtenido la curación de su cuñado gravemente enfermo, y envían jntos Bs. 6. — *Id.*: Teresa de Berti, por haber devuelto la salud a una muchacha que se encontraba gravemente enferma desde un año, y ofrece Bs. 20. — *Id.*: Elvira de Madrid, Adelaida Briceño, Magdalena Cegarra, Noé Bocaranda, Lucía Soler, Hortencia Pérez, Juan Briceño, Brígida Quevedo, Josefa de León, Nepomuceno Araujo, Crispina de Hidalgo, Josefa S. de González, por favores obtenidos y envían sus limosnas.

Cali (Colombia). — Gregoria Ramos, por un favor y envía dos mil pesos. — *Id.*: Juan José Holguín, por haber librado su campo de la langosta. — *Id.*: Juan José Holguín, Cristóbal Maña, Encarnación Maña v. de Bermúdez, Vicenta Bonilla de Mosquera, por favores recibidos, y envían limosna. — *Id.*: Elvira Hoffmann v. de Obregón, por un favor y envía 400 pesos.

Casut de Mar (Barcelona). — Mariana Pujadas, por un favor.

Cerrito (Colombia). — Lisimaco Saavedra, Rebeca Tenorio de Saavedra, Josefina Ayala, Ester Reyes y Adán Reyes, por favores obtenidos y envían limosnas.

Hito (Cuenca). — Paula Mochales y su cuñada, por haberlas curado de un catarro pulmonar y ataque cerebral respectivamente.

Hondón de los Frailes (Esp.). — María Montoro, por una gracia de mucha importancia.

Montilla (Esp.). — Carlota Lasa, por haber librado a su hijo de una peligrosa operación en un oído. — *Id.*: Julia Vaca, por haber sacado bien a su hijo de una fiebre altísima que puso en peligro su vida.

La Coruña (Esp.). — U. N. por muchos favores y envía 31 ptas. de limosna.

Marsá (Gerona). — Una devota, por varios favores y manda su limosna.

Trujillo (Venezuela). — Emma de Icea, por la curación de una persona querida, y envía Bs. 3.

Wiquitao (Venezuela). — Adelina Briceña, por haberla atendido en una gravísima necesidad, y envía Bs. 10.

Yaritagua (Venezuela). — José de la Paz Ponte, por varios beneficios y envía 28 bolívares. — *Id.*: Carmela Gauza, por haberle devuelto la salud. — *Id.*: Mercedes Gauza, por haber curado a una amiga, cuya salud le había pedido con mucha devoción. — *Id.*: María del Rosario Ojeda, por haberla librado de una molesta inflamación de las piernas, que no cedía a ninguna medicina y manda cinco bolívares de limosna.

X. — Carmen de Santu, condesa de Guinea, por haber obtenido por intercesión de María Auxiliadora la salud de una enferma, y envía 50 ptas. limosna prometida.





POR EL MUNDO SALESIANO

El Sucesor de D. Bosco en España.

CÓRDOBA. — Grande por demás y superior a toda ponderación fué el entusiasmo que la visita del Revmo. Sr. D. Pablo Albera despertó en la ciudad de Córdoba.

Las clases todas, los elementos que constituyen las fuerzas vivas de esta culta población aunáronse movidos por un mismo sentimiento, el sentimiento del amor, de la veneración, del respeto al segundo sucesor de D. Bosco, para tributar al mismo y a la Sociedad que tan dignamente representa el testimonio de su aprecio y admiración más sincera por los nobles y grandiosos ideales que persigue; el de la gratitud más sentida y más profunda por los beneficios que esta Congregación reporta a la educación y cultura popular.

Organo y portavoz de esa admiración y entusiasmo fué la prensa local sin exceptuar ninguno de los periódicos que la constituyen, que se unieron para pagar merecido tributo de sinceras alabanzas al ínclito hijo del gran apóstol de la juventud.

La noticia. — Tiempo hacía que los niños de nuestro Colegio habían difundido la noticia de la próxima visita del Sr. Don P. Albera; mas el anuncio oficial fué comunicado el 7 de febrero en atenta circular firmada por el Sr. Director del Colegio y profusamente repartida entre los cooperadores y amigos de la Obra Salesiana. Precedíala una hermosa fototipia del Sr. Don P. Albera.

La presentación. — El día 10, el excelente diario católico *El Defensor de Córdoba* hacía a sus lectores la presentación del huésped que se esperaba, publicando en primera plana con esmerada impresión y papel especial, el retrato del Sr. Don P. Albera con un bien escrito artículo biográfico del cual hacemos gracia a nuestros lectores por ser generalmente conocidos sus datos.

A este artículo seguía el 11 otro altamente encomiástico, publicado por el *Diario de Córdoba* y del cual copiamos los siguientes párrafos.

« La Obra Salesiana, dice el citado periódico, está de enhorabuena; hoy sus miembros, sus alumnos, cooperadores y los numerosos amigos que posee en esta ciudad podrán tener la satisfacción de saludar al Superior General de la misma Revmo. Sr. Don Pablo Albera, que llegará esta tarde a las 7 en el rápido de Valencia.

« El P. Albera es el segundo sucesor del Ven. Don Bosco, el insigne pedagogo y apóstol de la niñez

del pasado siglo. Al lado de este grande hombre se formó el que hoy rige los destinos de la Sociedad Salesiana. El maestro, con la suavidad y dulzura que formaron la base y la nota distintiva de su obra pedagógica y educadora, transfundió en el alma de éste, que siempre fué discípulo suyo predilecto, las eminentes virtudes que él poseía: la piedad, la mansedumbre y aquella incontestable firmeza de carácter y constancia a toda prueba con la que llevó a cabo las obras más asombrosas, superando a fuerza de paciencia y sin desmayar jamás, los innumerables obstáculos que se oponían a la realización de los grandiosos planes que su mente de apóstol y de vidente concibiera bajo la inspiración de la Virgen Auxiliadora, a la que atribuyó siempre los éxitos que coronaron todas sus empresas.

Formado en tal escuela, el P. Albera no pudo menos de hacerse el varón que hoy admiran cuantos le conocen, es decir un hombre verdaderamente apostólico, de celo ardiente, de una laboriosidad prodigiosa; activo, emprendedor, propagandista incansable de todas las obras buenas, especialmente de las que tienen por mira el bien de la juventud.

De su celo y espíritu de laboriosidad y sacrificio dan testimonio los numerosos viajes emprendidos para visitar las casas que su Congregación posee en todo el mundo.

El segundo sucesor de D. Bosco viene a Córdoba para animar con sus palabras y sus ejemplos a todos los que de un modo u otro trabajan en pro de la grande obra de la educación popular, y no dudamos que su venida habrá de marcar una nueva fase de mayor desarrollo e incremento en las obras de caridad y celo que los Salesianos, eficazmente ayudados por sus cooperadores y amigos, están realizando en esta ciudad ».

Otro extenso artículo publicaba el día 12 *El Defensor de Córdoba*, del cual también nos permitimos tomar los siguientes párrafos:

« El gran pedagogo y educador insigne de la pasada centuria, D. Juan Bosco, poseyó en alto grado un don inapreciable para todos aquellos que dedicaban sus energías y sus entusiasmos a la obra sublime de la formación de la juventud.

« Gran cosa es que un educador se haga amar, se haga respetar; pero cuando llega a apode-

rarse del ánimo y del corazón de sus alumnos que los maneja a su entera voluntad cual trozo de blanda cera, y en ellos logra esculpir su propia imagen moral, que si es educador digno de tal nombre, no podrá ser otra que la de Cristo Jesús, el maestro por excelencia de la humanidad y de los pueblos, este hombre puede decir que ha alcanzado la meta de sus deseos, que ha logrado la realización de sus más altas aspiraciones; y nosotros podremos añadir que tal educador es un santo, porque sólo la virtud y la santidad pueden ejercer tal influencia y tal fascinación en las almas de los niños y de los jóvenes.

Y que tal ha sido D. Bosco lo prueba hasta la saciedad esa magnífica pléyade de apóstoles que dejará tras sí para continuar su obra redentora. Bien conocidos son a los que están algo familiarizados con la Obra Salesiana los nombres de los evangelizadores de la Patagonia y Tierra del Fuego, Monseñores Cagliero y Fagnano; los de los héroes que con abnegación digna del mayor encomio consagraron su vida a los leprosos de Colombia, D. Miguel Unia y D. Evasio Rabiati; el de Mons. Luis Lasagna, propagador de la Obra Salesiana en el Uruguay y Brasil, que pereció mártir de su deber y víctima del odio sectario; el de D. Miguel Rúa, que más de veinte años rigió los destinos de esta Sociedad, y los que no conozcan a ninguno de éstos, a la vista tienen la figura veneranda del que estos días nos honra con su presencia, el Revmo. Sr. D. Pablo Albera.

« Hombre en cuya mirada se retrata la bondad y ternura de su corazón, cuya cabeza se ha encanecido ideando empresas grandiosas encaminadas a dilatar el reino de Jesucristo, cuya alma arde en vivísimo celo por la salvación de sus semejantes.

En él, lo mismo que en su Ven. Maestro, no se ve nada de extraordinario, todo es sencillo y modesto; pero esta misma modestia y sencillez es lo que cautiva y encanta.

« Tal ha sido la impresión que en nosotros ha causado la vista de éste que no dudamos en llamar varón de Dios, y tal la que hemos creído ver retratada en cuantas personas han podido acercarsele ».

Enaltece luego el articulista el celo apostólico de D. P. Albera, demostrado en su visita a las casas de América, y llama providencial a su elección para Rector Mayor de la Congregación Salesiana, narrando en confirmación de ello la predicción hecha por D. Bosco y referida por D. F. Rinaldi en el Capítulo que elevó a Don P. Albera al honoroso cargo que hoy desempeña.

Termina transcribiendo algunos datos estadísticos acerca del desarrollo de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Preparada así la opinión pública y favorablemente predisuelta por el cariño que tiene a la Obra de Don Bosco, no es de extrañar que la recepción del segundo Sucesor de D. Bosco resultará brillantísima, y su estancia en esta ciudad fuera un plebiscito de afecto y simpatía.

Día 11. — La recepción. — A la estación central acudieron multitud de personas de toda clase y

condición. Mucho antes de la hora de llegada del tren (1), los andenes estaban concurridísimos.

Hallábanse el M. I. Sr. Lucas Redondo, en representación de S. E. el Sr. Obispo y D. José Carrillo Pérez, por el Sr. Alcalde; concejales señores Enriquez, Jiménez Amigo, Navarro Piña, Doval, Santolalla, León Friego, Pérez de Luque, y Aguilar; una Comisión del Cabildo Catedral, compuesta del Chantre M. I. Sr. Don Juan Cruzado y D. Mariano Amaya; el Seminario, representado por el Rector M. I. D. Ruperto Cuadrado, el Mayor-domo Don Rafael Castaño, profesores Sres. Tirado, Pérez-Rico y Seco de Herrera (D. P.).

El Magistral M. I. Sr. Don Juan E. Seco de Herrera, el Presidente de la Academia de Ciencias, Don Luis Valenzuela con su señora esposa e hijo; por la Sociedad Económica D. Enrique del Castillo, el vicecónsul de Francia D. José Sánchez Muñoz, el P. Riesco, superior de los Dominicos, Don Delfín Salgado, capellán del Hospital Militar, el de la Reina, señor Touriño, y el de Sagunto Sr. Martínez y muchos caballeros.

El Director del Colegio Salesiano de Córdoba, con los señores don Carmelo Diana, don Gregorio Ferro y algunos otros profesores, una comisión de alumnos internos y otra de antiguos alumnos, e infinidad de personas que no podemos recordar.

A las siete en punto llegó el rápido en el que venía D. P. Albera, procedente de Valencia, acompañado de D. Clemente Bretto, Económico General de los Salesianos, y Don Antonio Candela, Inspector de los Colegios Salesianos de Andalucía.

Al aparecer Don P. Albera, el público prorrumpió en vítores y aclamaciones que repercutieron en todo el recinto de la estación.

Al bajar del coche saludó efusivamente a las autoridades y comisiones a las que fué presentado el Sr. Director del Colegio de Córdoba, organizándose enseguida la comitiva que ocupaba más de 40 coches, galantemente ofrecidos por sus propietarios para este acto; pasando por el Gran Capitán, calle Gondomar, y por todo el centro de la ciudad, llamando poderosamente como no podía menos la atención del público.

El Sr. D. P. Albera iba en el coche del Sr. Obispo, tomando en él asiento el representante de S. E. I. Don Lucas Redondo, el Comisionado del Sr. Alcalde, Don José Carrillo Pérez, y el Sr. Inspector Don Antonio Candela.

En el Colegio. — Al llegar aquí, después de ser aclamado y vitoreado por una multitud de personas de todas edades que invadían el trayecto desde la plaza de S. Andrés hasta el Colegio, fué recibido por los alumnos con delirantes vivas de júbilo y entusiasmo, disparándose tracas y cohetes y quemándose multitud de bengalas.

A duras penas pudo franquear la entrada, obstaculada por una apiñada masa de público deseoso de contemplar al venerado sacerdote y besar sus manos.

(1) Esta relación, así como la casi totalidad de las que siguen están tomadas del diario católico « El Defensor de Córdoba ».

Nota por demás simpática fué la ofrecida por ese público formado por el pueblo y por la gente del barrio, que sin invitación y sin excitaciones de ningún género, espontáneamente acude de todas partes, llena las calles, e invade los patios del Colegio aclamando entusiasta al P. Albera.

En el patio de entrada adornado con plantas, flores y banderas, y espléndidamente iluminado, habíase preparado un dosel coronado por el cuadro de D. Bosco, bajo el cual tomó asiento su segundo sucesor y a sus lados las personalidades que le habían acompañado.

Los alumnos cantaron algunos himnos de oca-

losa bandera durante la comunión, a la que se acercaron todos los alumnos; los cantores ejecutaron escogidos motetes.

Era digno de verse el cuadro que ofrecía la capilla de María Auxiliadora rebotante de niños que en número de 200 se acercaron a recibir de manos de D. P. Albera la sagrada forma con recogimiento conmovedor.

Visita al Sr. Obispo. — A las 10 Don P. Albera, acompañado de su secretario D. Clemente Bretto, del Sr. Inspector, y del Director del Colegio, en el coche del Exmo. Sr. Marqués de Valdeflores, fué a visitar a S. E. el Sr. Obispo de la Diócesis. El



CORDOBA — El Sr. D. P. Albera en la velada.

sión, y el Sr. Don Gregorio Ferro leyó un cariñoso saludo de bienvenida a D. P. Albera, en nombre de los Salesianos, de sus alumnos, cooperadores y de Córdoba entera allí dignamente representada.

Levantóse D. P. Albera y visiblemente conmovido dió las gracias a todos los presentes, particularmente a las autoridades, diciendo que agradecía aquellos obsequios tanto más cuanto que los creía dirigidos no a su persona, sino a Don Bosco y a la Congregación a quien representaba.

Despedidas las autoridades y el público, pasó a la Capilla, donde se cantó el *Te Deum*, terminando el acto con la bendición de S. D. M. dada por Don P. Albera.

Día 12. — La Misa. — A las 8 y $\frac{1}{2}$ celebró Misa de Comunión general para los alumnos internos y externos del Colegio. Ayudáronla los congregantes de la Compañía de S. Luis que ostentaron su pre-

lato le recibió con exquisita afabilidad y cortesía, conversando largamente con él acerca de la Congregación Salesiana y del bien que está realizando en Córdoba; acompañándole por fin a visitar el palacio episcopal, queriendo darle esta muestra de deferencia a pesar de sus años y de lo quebrantado de su salud.

En la mezquita. — De allí dirigióse D. P. Albera a la suntuosa Mezquita, cuyas bellezas admiró y ponderó con verdadero entusiasmo. Acompañáronle los Muy Ilstres. Sres. Don Juan Cruzado, Don Mariano Amaya, y el Lectoral, Don Marcial López Criado, quien con su reconocida competencia mostró a los visitantes las innumerables joyas artísticas que atesora la grandiosa basílica, desde el magnífico Mihrab y suntuoso coro hasta la filigrana custodia, rica joya de orfebrería cordobesa. Don P. Albera quedó altamente complacido tanto

de su visita a la Mezquita como de la afabilidad del Sr. Obispo e Ilustres Sres. Canónigos que le acompañaron.

Homenaje de los alumnos. — Por la tarde a las tres y media en uno de los amplios patios del Colegio, los alumnos que componen las diversas secciones del mismo, organizaron una magnífica velada on obsequio de su Superior. El programa fué admirablemente interpretado en todas sus partes.

El Revdo. Sr. Don Carmelo Diana, director de estudios del Colegio, con frase vibrante a la par que tierna, hizo la presentación de los alumnos a D. P. Albera, y de éste a aquéllos en breve y apropiado discurso.

Varios alumnos declamaron poesías que fueron muy aplaudidas. Ejecutáronse también cantos escolares y patrióticos que gustaron sobre manera al Sr. D. P. Albera.

Al final levantóse éste y dirigió a los niños su afectuosa palabra, diciéndoles todo el júbilo que experimentaba su corazón al verse rodeado de tantos jóvenes y al contemplar la alegría vivísima que se reflejaba en sus semblantes. Los alumnos le escucharon con religioso silencio, tributándole una calurosa y delirante ovación al terminar su tierno y afectuoso discurso.

Luego desfilaron todos en número de más de seicientos por delante del Superior General, cuya mano besaron, recibiendo de él una preciosa estampa de S. Rafael como recuerdo de tan grata visita.

Habiendo venido varias personas a saludar a Don P. Albera, asistieron también a la velada; recordamos entre ellas al Sr. Don Joaquín Carbonell y Señora, Doña Francisca Enrile, viuda de Gutiérrez de los Ríos, al Director del Instituto Gral. y Técnico, Don Agilio López, acompañado de los Sres. Vázquez Aroca y Morán; representantes de PP. Carmelitas y Capuchinos, Don Enrique Ayllón Cubero, cura propio de Villafranca, Don Serafín López Alcalá, los Directores de los Colegios Salesianos de Sevilla, Montilla y Eciija y varias otras personalidades cuyos nombres no recordamos. Los fotógrafos Sres. Montilla y Nogales, tomaron varias instantáneas.

Los asistentes a tan hermoso acto salieron muy satisfechos, así del comportamiento de los alumnos como de la bondad paternal del Superior General de los Salesianos.

Día 13. — La Misa. — Este día la celebró Don P. Albera para los niños de las Escuelas Gratuitas. Estos en número de más de trescientos se acercaron a recibir la Sagrada Comunión de manos del venerando padre, quien se mostró agradablemente sorprendido al ver tan crecido número de comuniones, elogiando el comportamiento y la piedad que habían demostrado. Después de la misa, el Colegio, en nombre de D. P. Albera, obsequió a los niños con desayuno consistente en pan y chocolate, concediéndoseles vacaciones por todo aquel día.

La comida. — A la una de la tarde dió principio el banquete con que el Colegio quiso celebrar la visita del Sr. D. P. Albera, y obsequiar a tan ilustre

huésped, viéndose los PP. Salesianos obligados con gran sentimiento a reducir el número de invitaciones por falta de local a propósito.

Bendijo la mesa el Sr. Don P. Albera que presidía. A su derecha tenía al Gobernador eclesiástico, M. I. Sr. D. Bartolomé Rodríguez, y Chantre. M. I. Sr. Don Juan Cruzado; el exalcalde Don Rafael López Amigo, el Sr. Inspector de la Bética, y el Sr. Director de este Colegio Don Sebastián Pastor.

A su izquierda estaban el teniente alcalde don José Carrillo Pérez, los Muy Itres. Sres. D. Mariano Amaya, y Don Marcial López Criado, el síndico del Ayuntamiento D. Francisco Santolalla, el Superior de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, Rdo. P. Cosme Lorente, el presbítero Don José Serrano Aguilera y Don Gregorio Ferro S. S.

Frente a Don P. Albera tomó asiento el M. I. Sr. Don Rafael García Gómez, Provisor del Obispado, que tenía a su derecha a los M. I. Sres. Don Ruperto Cuadrado, Penitenciario, rector del Seminario; y Don Lucas Redondo, el Rdo. P. Celestino Superior de los Trinitarios, al Rdo. P. Riesco superior de los Dominicos, a Don Juan Bigatti, S. S. y Don Daniel Aguilera, director de *El Defensor*.

A la izquierda estaba el M. I. Sr. Dr. Don Juan Seco de Herrera, Magistral, el P. Bretto, Ecónomo General de los Salesianos, Don Joaquín Carbonell y el Rector de S. Miguel Don Miguel Blanco Moreno.

Al terminar, se levantó el Sr. Santolalla para brindar y dijo que en aquel instante tenía dos sentimientos: el de descomponer con su desaliño el acto, y el de la gratitud pues fué educado en Utrera por los PP. Salesianos. Recuerda que felicitó a los trece años a Don M. Rúa en ocasión como ésta, en la que recitó poesías y actuó en una velada teatral. Hoy puede apreciar aquella educación y la agradece. Elogia la educación que dan los Salesianos inspirada en la modestia y en la caridad. Recuerda que en Utrera había una clase y un patio con puerta abierta para los niños gratuitos, y enseñaban a los los alumnos a dar sus regalos y golosinas a los pobres; recuerda todo como testigo presencial con agradecimiento, y termina con dos vivas: uno a Don Bosco y otro a la Obra Salesiana.

A continuación brindó el Sr. Lectoral Don Marcial López Criado. Dijo que al hablar de las escuelas de Córdoba, se recordaban enseguida dos nombres el de Don Francisco Javier Fernández de Córdoba, fundador de las Escuelas Pías, que antes de Don Bosco enseñaban aquí, y luego el nombre de Don Bosco. Desde que en Córdoba están los Salesianos se han unido estos dos nombres. Da las gracias a Don P. Albera en nombre de las Escuelas de Córdoba, y condensando en una frase los deseos de los ex-alumnos, desea que así como en España decimos S. José de Calasanz, y en Francia S. Juan de la Salle, así podamos decir muy en breve S. Juan Bosco.

Don Albera en frase elocuente y sentida dió las gracias a los presentes. Los oradores fueron muy felicitados. (*Defensor de Córdoba*).

La velada. — A las cuatro dió principio ésta. A derecha de D. Albera que presidía, tomaron

asiento Don Bartolomé Rodríguez y Ramírez, Gobernador Eclesiástico y Secretario de Cámara y Gobierno, el senador Don Pedro López, Don Ruperto Cuadrado y don Rafael García Gómez; y a su izquierda el Gobernador Militar, Sr. Marqués de Sotomayor, D. José Carrillo Pérez, el vicepresidente de la Comisión provincial don Manuel González, el Presidente interino de la Diputación, don José Ortiz Molina, y el Coronel del Regimiento de Sagunto D. Francisco Estrada.

En frente de la presidencia y en sitio distinguido tomaron asiento los Sres. Santolalla, Jiménez

el ayudante del gobernador militar Sr. Heredia; redactores del *Defensor*, diario de Córdoba, *Diario Liberal*, *La Opinión* y *Diario de Avisos*.

Entre las señoras recordamos a Doña Francisca Enrile viuda de Gutiérrez de los Ríos, Presidenta de la Junta de Cooperadores, Doña Concha Carbonell y sus hijas, Doña Asunción Rufz del Portal, Doña María Crestar, Condesa de Cárdenas, Marquesa de Sta. Rosa, Doña María Alvarez viuda de Baquera, Doña Antonia Maza, viuda de Lara-Barahona, Doña Estrella León de Carbonell, Doña Dolores Vázquez de la Plaza de López, Sras. de



CORDOBA — El salón de la velada

Amigo, Fernández Vergara, y Navarro Piña, concejales; los canónigos señores Don Juan Cruzado, Chantre, Don Marcial López Criado, Lectoral, Don Juan E. Seco de Herrera, Magistral, Don Lucas Redondo, Don Mariano Amaya, y Don Enrique Coll, Beneficiado; los presbíteros señores D. Francisco Muñoz Romero, Prior de la Comunidad de Párrocos, Don Miguel Blanco, Don Francisco de P. Velasco, D. José Serrano Aguilera, D. Paulino Seco de Herrera; PP. Capuchinos, Trinitarios y Dominicos; Don Angel Rubio, Don Alfonso Porras, Don Luis Valenzuela, presidente de la Academia de Ciencias, Don Juan Morán, catedrático del Instituto en representación del Claustro de Profesores, Don Luis Rodríguez Bolaños, Don Rafael González Ripoll, el Teniente coronel de Ingenieros don Miguel A. de Torres y

Enríquez, y otras muchas cuyos nombres no recordamos.

El amplio salón adornado con sumo gusto, con plantas y banderas nacionales y extranjeras, y oleografías de María Auxiliadora, Don Bosco y Domingo Savio, lleno por completo de selecto y numerosísimo público, presentaba un aspecto deslumbrador.

Abrió el acto la orquesta ejecutando la admirable marcha religiosa de Gounod con exquisito gusto.

Después Don Sebastián Pastor en nombre del Colegio dirigió al P. Albera un saludo cordial y entusiasta. Al terminar la lectura de sus magistrales cuartillas, el público prorrumió en calurosos alposos.

El discurso. — Al subir a la tribuna el Sr. Enríquez Barrios, es recibido con plausos de los asis-

tentes, que conocen la elocuencia incomparable del joven orador. Hubiéramos querido trasladar íntegro el notabilísimo discurso del Sr. Enriquez; pero es imposible al cronista extractar aquellos vibrantes párrafos, brillantísimas imágenes, maravillosas síntesis históricas... todo presentado en una forma tan atrayente, en frase tan castiza... que entusiasma y electriza.

Si durante el discurso había sido interrumpido por los calurosos aplausos del público, no hay para que decir que al final la ovación fué delirante.

Don P. Albera se levantó para aplaudir y felicitar con efusión al orador que acababa de obtener un triunfo definitivo en las lides de la oratoria.

Poesías. — Después del *Ultimo sueño de la Virgen*, ejecutado por la orquesta, fueron leídas por sus autores las dos poesías originales que fueron justamente aplaudidas por la selecta concurrencia; poesías de alta inspiración y de reconocido mérito literario, que con gusto transcribíamos para que nuestros lectores pudieran apreciar sus bellezas, una del Sr. Don José María Gil S. S. y la otra del Pbro. D. José Serrano Aguilera.

El joven Don Manuel Benítez Lara, presidente de los Antiguos Alumnos, pronunció un saludo muy elocuente, siendo ovacionado.

Al terminar el acto, levantóse Don P. Albera para manifestar en frase sentidísima su gratitud a Córdoba, a las autoridades y a los cooperadores de la Obra Salesiana.

Califica de brillantísimo el discurso del Sr. Enriquez y elogia las poesías.

Añade que no trata de hacer un discurso pero que se complace en saludar a Córdoba, y en reconocer su piedad.

Dice que cuando vuelva a Turín, ante la imagen de María Auxiliadora y ante la tumba de Don Bosco, tendrá un recuerdo y una plegaria para esta noble ciudad.

Termina diciendo que para Córdoba tiene el cariño y la gratitud a que se ha hecho acreedora y desea la mayor gloria y prosperidad a los Cooperadores de la Obra Salesiana.

Una salva de alposos resonó en todo el salón, cuando Don P. Albera terminó de hablar, después de lo cual los concurrentes desfilaron todos delante del Superior y Padre, para besar su mano y despedirse, y él para todos tenía frases de cariño y gratitud.

Así terminó esta velada que resultó hermosísima y superior a todo encomio.

Juicios de la prensa. — En el mismo sentido del *Defensor* del que tomamos la relación que precede se expresan la totalidad de los periódicos.

El *Diario de Avisos* en su número del 14 de febrero, después de elogiar al P. Albera diciendo que es personalidad de gran relieve en el mundo católico, teólogo y sociólogo de reputada fama, cualidades hermanadas con una virtud acrisolada y una gran modestia, refiriéndose a las veladas, dice que se celebraron dos muy brillantes a las que asistieron significadas personalidades cordobesas, las cuales testimoniaron al P. Albera su consideración y respeto.

La Opinión en su número del 13 dice: Son numerosísimas las personalidades que acuden a la residencia de los Salesianos con objeto de ofrecer sus respetos al ilustre sucesor de Don Bosco. Las visitas que hoy ha recibido han sido tan numerosas como de calidad.

Nuestro ilustre huésped se muestra encantado de las atenciones y deferencias que se le vienen dispensando en Córdoba.

A las cuatro de la tarde se ha celebrado la fiesta organizada en su honor a la que han asistido las autoridades, representaciones de todos los centros, entidades, corporaciones y un gran gentío.

El acto ha resultado hermosísimo, habiéndose manifestado altamente satisfecho el ilustre festejado.

Y en su número del 14 amplía la información, en atención, dice, a la solemnidad y magnificencia del acto celebrado.

El *Diario Liberal* reseña también la velada en sus números del 13 y del 14. Comienza ponderando la multitud de coches que obstruían la calle de S. Lorenzo, donde se halla el Colegio Salesiano, elogia el gusto con que se hallaba exornado el salón, cita las personalidades que se hallaban en la presidencia, y refiriéndose al público dice que era numerosísimo, hallándose comisiones de los Cabildos Catedral y Municipal, de las órdenes religiosas y muchas señoras y señoritas de la buena sociedad cordobesa, teniendo por fin frases de encomio para todos y cada uno de los números de la hermosa velada.

Día 14 - La Misa. — A las 9 celebró D. P. Albera en la Capilla de María Auxiliadora. Asistieron las Señoras Cooperadoras de la Obra Salesiana en crecido número, y bastantes caballeros; después de la misa en que comulgaron todos los asistentes, recibieron de manos de D. P. Albera la medalla de la Archicofradía de María Auxiliadora, que con este acto quedó oficial y solemnemente establecida en Córdoba. Luego Don Albera dirigió su palabra tierna y afectuosa a la concurrencia que se retiró muy satisfecha de tan hermoso acto.

En la Sierra. — Por la tarde, invitado por el Excmo. Sr. Don Pedro López, senador del reino y cónsul de Italia, en el automóvil con que le brindó el Sr. D. Enrique del Castillo fué a visitar la hermosa quinta que aquel señor posee en la sierra. Admiró los hermosos paisajes y deliciosos panoramas que desde aquellas alturas se dominan, y departió larga y afablemente con el Sr. Senador mientras le fué servido el te, con que éste quiso obsequiar al P. Albera y a sus acompañantes P. Bretto, Sres. Inspector de Andalucía y Director del Colegio de Córdoba. De vuelta a la ciudad, fué de nuevo a visitar al Sr. Obispo, y al abogado Sr. Enriquez Barrios.

Las visitas. — Numerosas personas visitaron este día al Revmo. Sr. D. P. Albera, entre ellas el Sr. Don Manuel González, vice-presidente de la Comisión provincial, y D. José Ortiz Molina, presidente interino de la Diputación.

Por la tarde, mientras se hallaba en la sierra, llegó al Colegio el Excmo. Sr. Alcalde D. Salvador

Muñoz Pérez, acompañado del concejal Sr. Santolalla.

A la misma hora y con idéntico objeto llegaron los muy ilustres Sres. Canónigos Don Juan Cruzado, Don Juan A. González de Canales y Don Mariano Amaya.

A las siete próximamente regresó recibiendo a los Sres. D. Rafael González Ripoll y D. Manuel Gutiérrez, quienes les esperaban para saludarle.

Día 15. — Con sentimiento veíamos acercarse la hora en que el P. Albera había de dejarnos, siéndole forzoso visitar otros Colegios que con ansia le esperaban.

A las 10 y $\frac{1}{2}$ salía del Colegio cariñosamente despedido por los alumnos, todos los cuales deseaban besar su mano y no cesaban de aclamarle con el más vivo entusiasmo.

En el coche del Exmo. Sr. Marqués de Valdeflores dirigióse a la estación, donde ya le esperaban para despedirle Doña Concepción Carbonell, Viuda de Courtoy, Doña Rosario Ariza de Carbonell, Doña Angela Carbonell de Freneda, señoritas de Carbonell y Gutiérrez de los Ríos, tenientes alcaldes D. José Carrillo Pérez, Don Francisco Fernández Mesa, Concejal D. Manuel Enríquez, Lectoral M. I. Sr. Don Marcial López Criado, ex-alcalde Don Rafael Giménez Amigo, Don Angel Rubio, el general gobernador, Sr. Marqués de Sotomayor, y su ayudante Sr. Heredia, D. Miguel Fresneda, el Director de *El Defensor* Don Daniel Aguilera, algunos PP. Salesianos de este Colegio, y una comisión de internos y otra de Antiguos Alumnos. Don P. Albera fué acompañado de su secretario D. Clemente Bretto, del Sr. Inspector Don Antonio Candela, y del Director de este Colegio, Don Sebastián Pastor; saludó a todos y a cada uno de los presentes teniendo para todos frases de gratitud y palabras de afecto.

A las 11 $\frac{1}{2}$ arrancó el tren, que nos privó de la amable compañía de tan buen Padre. Al partir se le dieron vivas y aplausos.

Tal fué el recibimiento, estancia y despedida con que la ciudad de S. Rafael, la noble y hospitalaria ciudad de Córdoba, obsequió al segundo sucesor de Don Bosco. Pálido reflejo de tanto entusiasmo son estas cortas líneas; pero que ellas sean testimonio del agradecimiento de los Salesianos a los que de algún modo contribuyeron a dar realce y esplendor a estos festejos, y al mismo tiempo un recuerdo al Rdo. Sr. Don P. Albera de los gratos días que pasara en esta ciudad, asilo de la nobleza y patria del Gran Capitán.

RONDA. — Las simpatías de que en esta ciudad goza la Obra Salesiana se vieron por las muestras de afecto con que ha sido recibido su Superior General; pues solo en los alrededores de la estación había más mil personas.

Allí esperaban al P. Albera el Exmo. Ayuntamiento, todo el Clero Secular de esta población, toda la oficialidad del ejército con uniforme; comisión de PP. Agustinos y los personajes más salientes de esta ciudad. Al descender el P. Albera del tren, fué aclamado frenéticamente por la multi-

tud y después de hecha la presentación a las autoridades por el P. Director de los Salesianos de esta población, Rev. Sr. Juan Castellano, ordenóse la comitiva del modo siguiente: el primer vehículo era el automóvil del Sr. D. Vicente Gutiérrez ocupado por el P. General, el Exmo. Sr. Alcalde D. Ramón del Prado, el Rdo. R. Superior de la Bélica, y el Sr. Director D. Juan Castellano.

Todas las calles del tránsito se hallaban vistosamente engalanadas y las campanas de la población se echaron a vuelo. Al llegar el automóvil que conducía al P. Albera a la puerta del Colegio Salesiano, se le arrojaron multitud de flores desde los balcones.

En el colegio todos los alumnos se hallaban dispuestos en dos filas en los espacios pórticos que estaban adornados con buen gusto y donde se había colocado un estrado para dar la bienvenida al Superior. Un profesor del Colegio el Sr. D. Antonio María Gimenez con frases afectuosas y entusiastas saludó al P. Albera, comparando el homenaje que se le tributaba con el que le rindió a Jesucristo el pueblo de Jerusalén.

Después el P. Albera dió las gracias y se despidió de todos.

Retiróse luego a descansar breves instantes a los ricos salones que conserva cuidadosamente este Colegio y que fueron habitaciones de los Exmos. Sres. Marqueses de Motezuma sus funfadores.

El domingo, segundo día de su estancia en esta población, a las 8 $\frac{1}{2}$ de la mañana celebró el P. Albera en el altar de la preciosa capilla del Colegio Misa de Comunión General, recibéndola en ella por vez primera varios alumnos del Colegio y multitud de señores de lo más distinguido de esta población.

A las 12 $\frac{1}{2}$ celebróse un banquete en honra del P. Albera. Con el venerando festejado sentáronse a la mesa el Exmo. Sr. Alcalde Don Ramón del Prado, el Sr. Teniente Coronel de la zona D. Miguel Berro, Sr. Comandante Mayor del batallón de Chiclana D. Fernando Martínez y Piñeiro, Rdo. D. Clemente Bretto Ecónomo de la Sociedad Salesiana, D. Antonio Candela, Superior de las casas de Andalucía, D. Juan Castellano, director del Colegio Salesiano, Rdo. P. Superior de los Agustinos, Rdo. P. Cesáreo secretario del Colegio de PP. Agustinos, todos los Rdos. Párrocos de esta ciudad, el Sr. Juez D. José Durán Vajes, el Sr. Teniente Alcalde D. Eugenio Peralta, el Sr. D. Francisco Calvo notario, D. Salvador Linares en la representación de la Real Maestranza de Ronda, el Rdo. D. Francisco Corona, Sr. Capitán de la Guardia Civil D. Rafael García y el Rdo. D. Eduardo Espinosa de los Monteros cura propio de Almargen y antiguo alumno de los Salesianos.

Después de la comida, salió el P. Albera a visitar al Exmo. Sr. Conde de Vilallonga que accidentalmente se hallaba en esta ciudad y que por enfermedad no pudo asistir al homenaje tributado al P. General.

A las ocho en punto el P. Albera penetra en el salón de actos que se halla profusamente iluminado y en su totalidad ocupado por lo más granado de la población, que venía a ofrecerle el solemne homenaje.

A los acordes de la marcha real sube al estrado que el amor del pueblo de Ronda le ha preparado, y bajo magnífico y suntuoso dosel de grana y oro toma asiento en rico sillón que cedió galantemente para esta ocasión la Sra. Doña Elisa Escalante y que guardaba con mucho cuidado por haber servido en varias ocasiones a la Exma. Sra. Infanta María Luisa. A su derecha se hallaba el Exmo. Sr. Alcalde, a su izquierda el Teniente coronel; los demás sitios eran ocupados por el Sr. Ecónomo General de la S. S. P. Bretto, el Superior de las casas de Andalucía, el Director del Colegio Salesiano, Sr. Conde de Montelirio, Rdo. Superior de los Agustinos P. Valentín Pérez, y otros varios Padres del Colegio, los Revdos. Señores Párrocos D. Leopoldo González, D. Antonio Checa y D. Adolfo Puya; en representación del Sr. Alcipreste vino el Rdo.

mera fila por su desenvoltura en la declamación el simpático alumno Antonio Ortega y Durán, quien siendo ya conocido por el público que en otras ocasiones nos ha honrado con su presencia, apenas se presentó en la tribuna fué acogido con un murmullo general de aprobación.

También estuvo muy oportuno el alumno Juan Salas con su discursito de ocasión que llevaba el mérito de la propia originalidad.

El Rdo. Sr. Cura del Espíritu Santo esta ciudad D. Adolfo Puya manifestó deseos de saludar al Superior en nombre del clero y como hijo de Ronda; y en estrofas correctas, haciendo derroche de elocuencia y dando muestras de un amor grandísimo a la obra de D. Bosco, entusiasmó al auditorio que al terminar prorrumpió en estruendosos aplausos.

Por último, se alzó la veneranda figura del Ge-



RONDA — El Sr. D. Pablo Albera con los Salesianos y Cooperadores.

D. Juan Cabrera, también acompañaban al P. Albera nuestros queridísimos amigos D. Francisco Calvo y D. Eugenio Peralta.

En la interpretación del programa se distinguieron sobre todo el Rdo. D. Eduardo Espinosa quien, recordando los días felices que pasó entre los Salesianos siendo alumno del Colegio de Utrera, tuvo frases de la gratitud más encumbrada para el venerable D. Bosco, y para el continuador de su obra y fiel conservador de su espíritu. Recordó como al venir a España el llorado D. M. Rúa fué también elegido él para saludarle, pero que por enfermedad no pudo hacerlo, y dice que tal vez la Divina Providencia no quiso que entonces lo hiciera para que en esta ocasión recordara mas al vivo aquellos días tan dichosos. Termina diciendo que el homenaje que se le tributa al P. Albera no es mérito sólo de la Congregación Salesiana, sino que es tributo debido de justicia a las virtudes del festejado.

Entre los niños a los que se les había encomendado la ejecución del resto del programa, estuvo en pri-

neral de los Salesianos quien con palabras dulces y voz conmovida dió las gracias al pueblo de Ronda por las demostraciones de afecto que en estos días de su breve estancia en esta ciudad había recibido.

Terminó diciendo que al encontrarse en la tumba del Ven. Don Bosco tendría súplicas especialísimas para el pueblo que así le honraba.

Toda la concurrencia pendía de sus labios y temía perder algunas de sus frases si respiraba. Vimos a muchos derramar algunas lágrimas que furtivas se secaban de sus ojos.

Al terminar muchísimas señoras solicitaron del Sr. Director el besar la mano veneranda del Superior, el cual accedió a sus deseos y todo el público apercibido de lo que pasaba, volviendo atrás desfiló ante el P. Albera estrechando con grandísimo cariño y devoción su mano. El día 24 celebró misa de comunión general para los archicofrades de María Auxiliadora a la que asistió todo el internado de las Esclavas Concepcionistas, presidido por la Rda. Madre Superiora y otras

varias Rdas. Profesoras, gran número de señoras cooperadoras y cooperadores miembros de la archicofradía, los Congregantes de S. Luis Gonzaga y los alumnos del Colegio.

Terminada la misa, invitóse al P. Albera a dar la bendición con S. D. M. y después recibió en sus salones a la comunidad y alumnas del ya citado Colegio de las Esclavas.

Accediendo a la galante invitación del dignísimo superior del Colegio de PP. Agustinos, pasó el P. Albera acompañado de varios Salesianos a almorzar en su compañía; y fué recibido por dicho Señor Superior y por los Revdos. PP. Cesáreo, Constantino Malumbre, L. Cobrega y otros varios que sentimos no recordar.

Visitas. — Después del almuerzo dedicóse a

Sr. Comandante Mayor, Teniente alcalde D. Eugenio Peralta, Sr. Juez de primera Instancia Don Eduardo Martos, Sr. Juez de Paz, reverendísimos señores D. Leopoldo González, D. Antonio Checa, D. Adolfo Puya, D. Rafael Rendón, D. Angel Misut, nuestros amigos particulares D. Matías Onigas, D. Mateo Blázquez, D. Manuel Vallecillo, D. Emilio Pérez y otros muchos admiradores de los Salesianos.

Al llegar el Superior a la estación, el público le ovacionó entusiasmado y la banda dejó oír sus vibrantes notas marciales. Al partir el tren todos los presentes a una exclamaron: « Es un santo », y prorrumpieron en vivas a él y a la Congregación Salesiana.

No queremos omitir que la Casa Salesiana fué



RONDA — El Sr. Don P. Albera con los Salesianos y alumnos de la casa.

devolver visitas, y entre otros visitó el Colegio de las Esclavas; fué recibido por la Comunidad en la puerta de la iglesia cuyo altar hallábase lujosamente exornado e iluminado totalmente; después pasó a los claustros donde todas las alumnas se encontraban dispuestas en dos filas; fué vitoreado y al despedirse les dió la bendición de María Auxiliadora.

A las cinco de la tarde varios coches y automóviles se hallaban en la puerta del Colegio esperando la partida del ilustre huésped.

En los pórticos saludaron al Superior el Exmo. Sr. Alcalde y otros varios señores y amigos.

Después el automóvil del Sr. D. Francisco Calvo condújole a la estación; en los otros carruajes iban comisiones de alumnos y todo el profesorado salesiano.

En la estación le esperaban representaciones nutridas de todas las autoridades; y vimos allí a D. Salvador Linares en representación de la Real Maestranza de esta ciudad, Sr. Teniente Coronel,

adornada cuidadosamente por las señoras más distinguidas de la ciudad a las que desde aquí enviamos las más rendidas gracias.

MADRID. — Después de las manifestaciones de simpatía que nuestro Revdo. Superior había recibido en Barcelona, Ciudadela, Valencia y demás ciudades por donde pasó, Madrid, la capital de España, no podía quedarse atrás en dar también esplendísimas pruebas de su hidalguía y hospitalidad legendarias. En la reseña de Córdoba hemos copiado algunos juicios de la prensa; aquí los dejamos tomar aun de aquella prensa que no habla nunca de los merecimientos de los ministros de la Iglesia. Pero ¿dónde encontrar el sitio para tantas elogios? Tendremos que resignarnos a la consabida reseña; y si a alguno le pareciera monótona esta repetición de recibimientos clamorosos, veladas inverosímiles, aclamaciones y apoteosis semejantes todas en grandeza y espontaneidad, será el caso de repetir que es la deseada monotonía de las

auroras y de los ocasos, que cada día los vemos y siempre son dignos de verse y admirarse. Y nótese de paso, que si en unas reseñas damos al recibimiento más espacio que a la despedida, si nos paramos en algún acto más que en otro, no es porque los demás hayan desmerecido; lo hacemos en gracia de la variedad, aun a trueque de no satisfacer a los que los presenciaron.

Hecha esta salvedad, comencemos a extraer del montón de periódicos y cartas que tenemos a la vista, la reseña del soberbio homenaje con que Madrid honró a nuestro Superior General.

El Debate del 28 de marzo dice de la llegada.

«Ayer, desde mucho antes de las nueve, hallábase la estación del Mediodía ocupada por una gran multitud de personas, deseosas de conocer y saludar al ilustre religioso; entre ellas recordamos a los Sres. González Rojas y Alarcón, en representación de la Junta Central de Acción Católica y Defensa Social; el Sr. Cura Párroco del Corazón de María; varios miembros de ambos cleros, secular y regular; representación de los Antiguos Alumnos; Sra. Condesa de Vía-Manuel, presidenta de las Cooperadoras Salesianas; Sras. y señoritas de Pidal, Bauer, Arteta, Goñy, Sánchez Blanco, Velarde, Castro y Pinzón, Manjón, Cisneros, Marquesa de Monasterio, Feliú, Alarcón, viuda de Monadaga, Heredia, Guedea; señores Bauer, Heredia, Arteta, Aznar, Torcal, Vívigo, Ardizone (D. Francisco y don José), Hierro, De Cabo y otros.

Pero la nota saliente del recibimiento fué la presencia de aquellos que están en más íntima relación con la Obra Salesiana, como son los niños que educan y los obreros que en sus talleres se han formado. Allí le esperaban los niños del Colegio, el Círculo deportivo del Colegio en pleno, con sus trajes pintorescos y elegantes de gimnastas, y una nutrida representación de los ex-alumnos, salesianos, que se encuentran en Madrid, y que aun en medio del mundo se sienten ligados a sus antiguos superiores por los dulces y eternos lazos del amor y gratitud.....

Ha llegado el tren; todas las miradas se dirigen a la portezuela por donde asoma un venerando y anciano sacerdote de cabeza encanecida: es el P. Albera, que con paso firme y rostro sonriente se adelanta hacia nosotros, saludándonos con una llaneza y amabilidad exquisitas, al propio tiempo que todos se agolpan a su alrededor para darle la bienvenida más afectuosa.

Con el reverendo P. Albera llegaron también el Revdo. C. Clemente Bretto, Ecónomo general de la Congregación, y los PP. Manfredini y Candela, provinciales, respectivamente, de Castilla y Andalucía.

El P. Albera subió luego a un automóvil, galantemente ofrecido por los señores de Bauer, y escoltado por una brigada de ciclistas y miembros de Círculo deportivo *Auxilium*, que le hacían guardia de honor, se dirigió al Colegio.

Durante el trayecto fué calurosamente aclamado por las personas del barrio, y la muchedumbre, apretujada a la puerta del establecimiento, le vitoreó cariñosa y llena de entusiasmo.

Ya en el patio, los niños cantaron un hermoso himno *ad hoc*, dirigiéndole uno de ellos un sentidísimo saludo al que contestó el rev. Padre con otro muy afectuoso, pronunciado en correctísimo castellano.

Durante el acto reinó una intensa emoción que arrancó muchas lágrimas.

De allí pasó el P. Albera a la hermosa capilla del Colegio para celebrar el santo sacrificio de la misa.

Omitiremos otros detalles, que si bien dan idea de las delicadas atenciones de que fué objeto nuestro Revmo. Rector Mayor en Madrid, nos robarían un espacio que creemos deber dedicar a la velada que fué una verdadera apoteosis. Notemos primero que el Exmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, el de Sión y el de Guajira que juntamente con el sabio Presidente de la Academia Española ocuparon la presidencia, quisieron que D. P. Albera se colocase en el sitio de honor; añádase que Madrid cuenta con elementos de aristocracia y cultura que no se encuentran en las capitales de provincias; y por último, que la circunstancia de que el tiempo no permitiese la velada-homenaje el aire libre en el patio, sirvió para darle más esplendor y una solemnidad hierática que los demás veladas no tuvieron. El P. Albera tenía delante de sí un espectáculo nunca visto. La iglesia de suyo elegante y coqueta, como decían las señoras cuando se inauguró, adornada con todos los atavíos de los días de gran gala, radiante con los focos e innumerables lámparas eléctricas cuyo reflejo mágico bajando de las artísticas arañas hacían surgir de entre la penumbra mística los lindos detalles del brillante decorado; el público aristocrático que la llenaba, donde brillaban estos de primera magnitud como los Marqueses de Pidal, Comillas, Conde de Casa-Segovia, de Vía-Manuel, Marquesa de Frómista, Baronesa de Yecla por citar algunos nombres; el presbiterio donde había más de doscientos entre eclesiásticos y seglares, muchos de ellos lumbreras unos por su cultura y otros por su posición social, como el Padre Zacarías Martínez y el P. Conrado Muiños, los Sres. Bauer, Cossío, Vega, catedráticos, y representantes de todas las órdenes religiosas y obras sociales de la corte.

Los niños que debían cantar el hermoso himno y la orquesta se colocaron en el coro.

Entonado el *Himno coral* por 250 alumnos del Colegio, dice *El Debate* del 29, hizo uso de la palabra el reverendo P. Manfredini, inspector de la Obra Salesiana.

Deplora que el estado del tiempo haya impedido celebrar el acto en el patio del Colegio.

Da las gracias a cuantos asisten a la velada, imponiéndose el sacrificio de llegar hasta allí sufriendo los rigores del temporal.

Hablando del P. Albera, dice que es un devoto ferventísimo de España.

Ensalza la labor de los Hijos de D. Bosco, desviándose por dar a los niños pobres educación y amor; la educación y el amor que no encuentran en el arroyo, donde los dejan abandonados la inhumanidad de una sociedad que tiene el co-

razón petrificado por la falta de sentimientos religiosos.

Saluda al P. Albera en nombre de la provincia celtica salesiana.

Le ratifica su amor, no de palabra, sino de corazón.

Hace la presentación de los cooperadores.

Recuerda al fundador de la casa de Madrid Don Ernesto Oberti.

Elogia a los oradores que luego harán uso de la palabra.

Dice que jamás el sectarismo podrá vencernos, porque con nosotros está Cristo.

cuartillas del catedrático de física de la Central y elocuente diputado católico D. Bartolomé Feliú. A cada uno de los párrafos grandilocuentes del Sr. Pidad en los cuales la profundidad del pensamiento cristiano aparece vestida con el ropaje rotundo y majestuoso de los oradores de Roma y Atenas, el público sugestionado interrumpía a pesar suyo con delirantes aplausos el áureo río que brotaba de sus labios. La filigranada prosa del Dr. Feliú más sosegada, pero también más afectuosa, caldeada por el calor de los recuerdos íntimos de su autor, no fué menos saboreada y aplaudida. Mientras la elocuencia y la poesía



MADRID — Interior de la iglesia de María Auxiliadora donde se verificó la velada.

En la escuela daremos la batalla, no dejando que nos arrebaten las posiciones que tenemos, y yendo a conquistar los puestos de que por un descuido nos privaron.

Y termina haciendo votos para que el paso del P. Albera por España sea principio de nueva vida de la obra salesiana.

El orador es muy aplaudido.

Al subir al púlpito el sabio maestro D. Alejandro Pidad, es saludado con una salva de aplausos. La figura venerable del elocuentísimo orador adquiere un relieve altamente impresionante en aquel sagrado lugar. Nosotros no daremos aquí ni siquiera un extracto de su discurso porque hemos de publicarlo íntegro en otro número, juntamente con las

descansaban un rato, el Sexteto de *La Sinfónica* lanzaba sobre la selectísima concurrencia las melodías de F. Alcántara (*¡Mi barquilla!* Barcarola a tres voces), y las melodías de Mendelssohn (*Chanson du Printemps*), que caían como una lluvia de notas sobre los elegantes sombreros y airosas mantillas. Después de un diálogo de niños cuyas candorosas gracias contrastaban admirablemente con la sabia oratoria de los ingenios próceres, el Sexteto vuelve a acariciar los oídos y a estremecer las almas con las inspiradas armonías de Bizet (*Fantasia sobre la ópera Carmen*), y los nanos se mueven para aplaudir; pero esperan al fin para continuar con una ruidosa ovación los dulcísimos acordes de los violines. Luego sube al púlpito Don

Francisco Ardizzone, Abogado del Estado y ex-alumno de nuestro colegio de Utrera. El representa a los antiguos alumnos y por eso en su discurso hay acentos de apología batalladora perfumados de gratitud, que conmueven al auditorio. Los ex-alumnos, dice, son antídoto contra el malestar social, con los cuales aplica D. Bosco a la sociedad su sistema preventivo.

Cuando yo presencio, añade después, las actuales luchas sociales entre patronos y obreros, recuerdo siempre a los Salesianos, que resuelven el conflicto educando a estos niños, futuros obreros, hombres del porvenir, que sabrán responder a las insidias pérfidas de la revolución con las doctrinas tranquilizadoras y hermosas aprendidas a la sombra de la obra bienhechora de Don Bosco.

Según las necesidades de los tiempos, así van apareciendo las Ordenes religiosas. Así aparece Don Bosco en la vida de la Iglesia, trayendo la regeneración con su obra eminentemente social y educadora.

Excita a los cooperadores Salesianos a salir de la pasividad y proteger con todo cariño la obra de Don Bosco.

Al hacer el bien en esta obra, hacemos el bien a todos, a ricos y a pobres, a proletarios y a capitalistas, a obreros y a patronos.

Grandes aplausos coronaron su valiente discurso.

Al fin de unos versitos italianos, declamados por un niño con ese garbo distinguido tan propio de los madrileñillos, el *Sexteto* ejecutó, como saben hacerlo los profesores de La Sinfónica, la gavota de Thomas, *Mignon*. Aun la atención del público se mecía en aquellas ondas de armonía que bajando del coro iban perderse en las ricas colgaduras de la iglesia comunicando, al pasar por los cuerpos, la rítmica y placentera vibración del sonido a los nervios de los espectadores, cuando aparece en el púlpito la gallarda silueta del primer espadado de los Jóvenes propagandistas, Sr. Requejo Velarde. El joven abogado y ya célebre orador es saludado con una de esas ovaciones con que las muchedumbres saludan a los verdaderos tribunos; y a duras penas puede continuar su discurso porque el distinguido auditorio interrumpe con estrepitosos aplausos los períodos magistrales de su decir incisivo y avasallador. Copiaremos el extracto de *El Debate*, pero se comprende que estas cosas hay que oír las y verlas para saber bien lo que son.

Seguidamente hace uso de la palabra el Sr. Requejo Velarde, que es saludado con una clamorosa ovación y entusiastas aplausos.

Agradezco esos aplausos — dice el orador — pero no los acepto para mí.

En estos momentos de batalla no deben ser los aplausos para los humildes soldados, sino para los capitanes. Yo recojo esa ovación y la pongo a los pies de María Auxiliadora (*Ovación*).

Traigo a esta tribuna, reverendísimo Padre, el saludo de las Juventudes católicas de Madrid, y en particular, de la Asociación Católica-Nacional de Jóvenes Propagandistas, y de su órgano en la Prensa, *El Debate*.

Vuestra ancianidad ha recorrido varias capitales de España, entre el agasajo de los grandes, y entre, lo que vale más aún, el amor de los pequeños.

Y es que los únicos redentores del pueblo, sois vosotros. Sois redentores, no a manera de torrente impetuoso que lo devasta y lo arrasa todo, sino a modo de las aguas fertilizadoras que, filtrándose a través de las diversas capas del terreno, hacen el campo fructífero, le coronan de flores y de frutos (*Aplausos*).

El pueblo, que vive en medio del egoísmo glacial, siente hoy, más que nunca, su desamparo.

El pueblo es como un ciego. Falsos redentores, abusando de su ceguera, le dicen: ¿Tienes frío?... Yo te llevaré adonde los rayos del sol calienten tu entumecido cuerpo... Y le llevan, embaucadoramente, sobre el cráter de un volcán, para hacerle sucumbir en él.

Pero vosotros, que no sois lazarillos criminales, le apartáis del cráter abrasador, y le conducís a disfrutar de los rayos bienhechores, de los rayos del sol, que brotan de la divina llaga de costado de Cristo. (*Aplausos*).

Los embaucadores quieren implantar la escuela laica, usando la palabra, menos alarmante, de escuela neutra, diciendo que no pretenden más que respetar la libertad de conciencia de todos, no obligando a que el Catecismo sea enseñado en las escuelas. Este ataque lo juzgan nuestros enemigos el más certero. Pero la supresión de la idea religiosa en la enseñanza es un atentado contra nuestra libertad de conciencia, es un atentado contra el orden social. (*Aplausos frenéticos*).

No creáis que quiero convertir esta velada en un mitin, no. Pero es preciso poner de relieve que la Iglesia es la única institución que en la sociedad tiene misión docente.

El Estado no debe ser más que un coadjutor de la acción de la Iglesia. (*Aplausos*).

El Instituto Salesiano adquiere en estos actuales momentos, más importancia que en ninguna otra ocasión.

Venís a España, reverendísimo P. Albera, en momentos críticos, en horas amargas.

Yo recuerdo en estos instantes que en los últimos días de la información parlamentaria acerca de la ley del Candado, sonaba en una de las sesiones del Parlamento la voz cálida y vibrante de un sacerdote, que cantaba los beneficios que a la nación prestan los Salesianos. Y aquella voz arrancaba aplausos de los mismos indiferentes.

Y no era la inteligencia del P. Fierro la que arrancaba aquellas ovaciones, era la verdad, cegado con sus fulgores a los perseguidores de Cristo.

Yo ya sé que, como decía el P. Fierro, si llegaran a expulsaros de España, mientras caminarais por nuestro suelo iríais bendiciendo nuestras montañas, nuestros valles, nuestro cielo, y que al llegar a la India, os dedicaríais a enseñar a aquellos pobrecitos a amar a Cristo y a querer a España.

Está bien; esa sería vuestra venganza.

Pero nosotros, los que gastamos pantalones,

tendríamos que obrar como católicos, como ciudadanos, como hombres. (*Ovación prolongadísima*).

Nosotros también abandonaríamos esta tierra, y con nosotros se iría el prestigio de la raza, se irían las personas decentes, con nosotros marcharía España. (*Aplausos estrepitosos*).

Vos, padre Albera, que por vuestra prelación tan cerca estáis de María Auxiliadora, pedidle amparo para esta tierra española, donde no hay pueblo que no la venera, para este pueblo español, que es todo de María (*Aplausos*).

Y cuando lleguéis a Turín, ante la tumba de Don Bosco, pedid allí por nuestros Reyes, por nuestros Prelados, por nuestros gobernantes, por nuestros diputados, por nuestra raza; pedidle por

carezco de méritos para que me obsequiéis tan cumplidamente.

Os lo agradezco. Ya sé que todo lo habéis hecho y lo hacéis por mi Padre Don Bosco.

Ensalza la labor de los Salesianos de España y dice que en esta tierra católica por excelencia, Dios no permitirá que triunfen los designios de los malos.

Y termina diciendo que rezará por España ante María Auxiliadora, por esta España, cuyos Prelados como diligentes capitanes, la llevarán a la victoria.

El público, puesto en pie, tributó al venerable sucesor de D. Bosco la más cariñosa de las ovaciones, desfilando después ante él, a rendirle homenaje de veneración y respeto.



MADRID — El Sr. D. P. Albera y la Presidencia.

mi, pedidle por las Juventudes católicas, tan generosas, tan abnegadas, que cuando reciben heridas, sólo saben besarlas, y están dispuestas siempre a ofrendar su sangre en holocausto de Dios y de la Patria. (*Una ovación delirante apaga las últimas palabras del Sr. Requejo*).

Los alumnos entonan el himno *¡Viva el buen Padre!* y sube al púlpito entre aplausos cariñosísimos, la figura grave, austera, venerable del reverendísimo P. Albera.

Dice que, aunque como extranjero no conoce bien nuestra armoniosa lengua, cree oportuno dirigir algunas palabras de gratitud al pueblo de Madrid.

Yo creí que este pobre sacerdote pasaría desapercibido en esta populosa capital; pero me habéis recibido con tanto cariño y me demostráis un afecto tan grande, que me siento avergonzado, porque

Fué una fiesta de amor. Nuestra enhorabuena a cuantos en ella tomaron parte ».

Nuestros benévolo lectores nos perdonarán si alargamos demasiado esta reseña, copiando aún una de las chispeantes crónicas del simpático y saladísimo *Curro Vargas*.

« Atravesando barrizales más propios de un aduar rifeño que de la capital de España; bajo la lluvia incesante, que lagrimeaba un cielo gris, llegué a la residencia de los Salesianos, en la Ronda de Atocha, donde tenía lugar una espléndida fiesta en honor del P. Albera.

Una fila de coches blasonados y de magníficos automóviles se alineaba al borde de la acera. Un grupo de lacayos y de *chauffeurs* guardaba la entrada. Penetré en el gran patio de recreo, adornado con escudos y banderas. Hube de dirigirme a la capilla, convertida en hermoso salón.

¡Vano intento! Una concurrencia numerosísima llenaba el local, y muchas personas tenían que quedarse fuera, por absoluta falta de sitio. Volví sobre mis pasos, y me resigné a escuchar desde la galería las estruendosas ovaciones que de tiempo en tiempo se resonaban... Unos escolares se ejercitaban en el manejo de la bicicleta, describiendo curvas inverosímiles, y haciendo gala de su destreza y absoluto dominio de la máquina. Vestían *jersey* blanco con una banda azul celeste, donde se leían estas palabras: « María Auxiliadora ».

Los lacayos y los *chauffeurs* hicieron pronto amistad con los ciclistas, y concluyeron por montar también en las bicicletas de los chiquillos. A mí me pareció que el verdadero sitio de los tales servidores, no era precisamente el patio, sino la puerta...

— ¿Qué hace Usted ahí, « Curro »?... Me dijo siempre cariñoso y siempre alegre Gerardo Requejo, que salía del salón con un caballero.

— Ya lo ve Usted, amigo mío... ¡viendo llover!...

— ¡Qué disparate!... Siga Usted toda la galería; abra Usted la última puerta de la izquierda y entre Usted. Si no hay asiento, por los menos, oírá Usted perfectamente a los oradores, y verá Usted de cerca al P. Albera.

— ¡No deseo otra cosa!...

Siguiendo los consejos de mi amigo, entré en la sacristía. Un Padre Salesiano me buscó sitio.

El Padre Rector, hizo aún más; llevome al estrado, donde me instalé admirablemente. Desde allí lo oía y lo observaba todo. ¡Dios se lo pague al simpático Padre Castilla! Busqué con la mirada al P. Albera, al segundo Sucesor de D. Bosco, el venerable Fundador de los Salesianos... Allí estaba, a la izquierda del Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, con su humilde hábito de sacerdote, sin un distintivo, sin una señal externa de su elevadísima condición...

Lo contemplé y le observé a mi gusto. El Padre Albera es un viejecito venerable. Su frente, es ancha, luminosa: frente de apóstol y de sabio... La mirada es dulce, resbaladiza, con destellos de una dulzura infinita y con relámpagos de una voluntad firme... Dos arrugas profundas destacan la nariz tajante, bajo cuyas alas aparecen unos labios finos, donde mariposea una sonrisa bondadosa. Sus actitudes, sus ademanes todos, son majestuosos, de una majestad humilde...

Este hermoso homenaje, esta linda fiesta, cuya reseña concienzuda leerías ayer, caro lector, conmovía el alma grande, y por eso mismo sencilla, del virtuosísimo sacerdote.

La palabra cálida de Gerardo Requejo, encendió como siempre en el auditorio hogueras de entusiasmo, traducido en aplausos frenéticos.... El P. Albera se irguió un instante y... aplaudió también....

Un apuesto mozo, de... « ocho años », hubo de recitar con grande aplomo y gallardía, unos bonitos versos en la lengua de Dante...

Aplaudieron las gentes, y una amorosa mirada del P. Albera al pequeño artista, yo la traduje por aquellas sublimes palabras del Maestro: « Dejad que los niños se acerquen a mí ». Y una admirable

orquestra desgranó las notas de una inspirada fantasía.

Volaron sobre el auditorio silencioso aquellas notas; sumergieron por un momento los espíritus en el dulce sueño del arte sin fronteras... El padre Albera, el santo viejecito, ¡soñaba también! Con las manos cruzadas sobre el pecho y con los párpados entornados le ví unos segundos.

Hubo en los reunidos un instante de expectación. La fiesta había terminado. El P. Albera iba a hablar. Siempre humilde, siempre bondadoso, el sacerdote festejado, púsose de pie, dirigiéndose al púlpito convertido en tribuna. Palabras de gratitud... de amor... de fe... de caridad y de esperanza... salieron de sus labios con voz débil, con una voz suave, ligéramente trémula, sin un adorno retórico, sin un gesto dominador, sin un apóstrofe rutillante... Habló el P. Albera a sus oyentes, poniendo en sus palabras toda la hermosa ingenuidad de su corazón y toda la pura diafinidad de su alma.

A mi lado, alguien dijo:

— ¡Habla como un Santo! Otro añadió: « Habla como un misionero ».

Yo pensé y no lo dije.

— Habla como las dos cosas; y habla, además, como en el santuario de los hogares, bendecidos por la tradición y por la fe, habla « el abuelito »...

¡El abuelito!... todo cariño, todo mansedumbre, todo bondad, todo amor para aquellos que le veneran, y sobre los cuales reina con la excelsa corona de sus cabellos blancos como la nieve de las montañas...

Este « abuelito » consagrado a Dios, alma de una obra catequista sublime, cuya transcendencia social no puede negar nadie, dejará en nosotros un recuerdo imperecedero.

Es la síntesis de esas virtudes que son precisas para el apostolado, y que en el P. Albera asoman a través de unas pupilas sin sombras, y bajo el dosel de unos cabellos cubiertos por ese polvillo de plata que levantan los años en su marcha triunfal ».

Los días 29 y 30 de marzo los dedicó el P. Albera a los Cooperadores y ex-alumnos, los cuales le agasajaron y aclamaron con singular cariño y regocijo; también recibió visitas de distinguidísimos personajes de la corte. Nosotros omitiremos todo eso que ya nos hemos alargado tal vez más de lo debido. Añadiremos solamente que el domingo 30 por la tarde fué a Carabanchel-Alto, donde hay noviciado y estudiantes, y allí recibió las mismas muestras de simpatía popular, como ve verá luego en la correspondiente reseña, volviendo el 3 de abril por la noche. Al día siguiente antes de las nueve, la estación ya estaba llena de curiosos y admiradores, tributándole una despedida digna los otros homenajes. Autoridades, cooperadores, de alumnos, damas linajudas, modestas hijas del pueblo, títulos de Castilla mezclados con los obremos, todos querían saludar y despedir al Sucesor de D. Bosco, que dejaba en Madrid la luminosa estela de los hombre grandes y había despertado en todos los pechos un entusiasmo indescriptible. Entre aquella magnífica confusión de saludos, vi

vas, apretones de manos y bendiciones, se oyó el silbido de la máquina que se lanzaba a través de los campos de Castilla hacia Medina del Campo para llegar por la tarde a Salamanca.

CARABANCHEL-ALTO. — Bien podemos decir que la visita de nuestro Rvmo. Superior General Don P. Albera ha sido en Carabanchel-Alto un acontecimiento que no podíamos entrever siquiera. Es increíble el entusiasmo que este pueblo de Carabanchel-Alto ha manifestado en esta ocasión.

El domingo 30 de marzo a las 6½ p. m. el repique de las campanas y los acordes de la banda municipal, enviada por el dignísimo Sr. Alcalde, Don Eugenio De Ochoa, anunciaban al pueblo de Carabanchel-Alto que llegaba el que con tanta ansia esperábamos. Un gentío inmenso, mejor dicho todo el pueblo, acudió a la plaza, por donde debía pasar nuestro Superior. Apenas se divisó el automóvil en que llegaba el desborde del entusiasmo fué general.

D. P. Albera bajó del coche entre vítores y aclamaciones, y, rodeado del pueblo que le aclamaba, llegó a la puerta del Colegio donde le esperaban los Niños del Oratorio festivo.

El pueblo invade el patio de entrada con orden y alborozo; la banda llena los aires con sus alegres notas y nuestro amadísimo Superior sonriente, saludando a todos con cariño, llega al amplio zaguán de la casa donde se le canta un hermoso himno, dándole la bienvenida en un sentido discurso uno de los teólogos; se la dió así mismo en nombre de todo el pueblo su celoso Párroco Don Eladio Fernández. D. P. Albera dió a todos las gracias produciendo sus palabras una profunda emoción en el corazón de todos; una calurosa ovación impidió oír sus últimas palabras.

Acto seguido, entre mil apretones, pues todo lo llenaba la gente que se apiñaba por ver y besar la mano de nuestro Superior, entre entusiastas aclamaciones, se pasó a la iglesia que se llenó en pocos instantes. La escolanía del Colegio cantó a perfección un *Te Deum* en canto llano, dando Don Albera la bendición con S. D. M.

Entre el numeroso gentío que acudió a saludar al P. Albera vimos una representación del Ayuntamiento, los Señores Párrocos y clero de ambos Carabancheles, el Sr. Maestro, una comisión del Círculo Católico de Carabanchel Bajo y distinguidas personas de una y otra villa.

En el comedor, durante la cena, no faltaron, como nota expansiva, aquel día y los siguientes, manifestaciones de alegría desbordante por medio de discursitos, diálogos, cantos, etc. todo muy del agrado de nuestro querido Superior.

El día 31 a las 7 y ½ D. P. Albera celebró la misa de Comunión que fué general, cantándose durante ella escogidos motetes.

A la una se sirvió un banquete al que asistieron, con el Sr. Párroco y Coadjutor de Carabanchel Alto, los distinguidos sacerdotes de esta villa, el Sr. Párroco y varios eclesiásticos de Carabanchel Bajo, diez antiguos alumnos de nuestro Colegio de Utrera y un Redactor de *El Debate*.

A los postres leyéronse cariñosos brindis en prosa y verso, en castellano, latín, griego, italiano, portugués y francés. Todos fueron muy aplaudidos.

D. P. Albera se levantó entre aplausos para contestar a tantas pruebas de afecto, pidiendo a María Auxiliadora prosperidad para la casa de Carabanchel.

A las 3 una numerosa y selecta concurrencia, en la que tenían representación distinguidas cooperadoras y cooperadores y muchas personas de Carabanchel, se hallaba ya en el amplio patio del colegio, donde los gimnastas de la Casa de Madrid realizaron con precisión y maestría varios ejercicios de *sport* de conjunto y acrobáticos, terminando con una figura muy artística rematada por un alumno que sostiene una bandera nacional con la inscripción: ¡Viva España!

D. P. Albera felicitó a los pequeños gimnastas y ellos, radiantes de alegría, pintada en el rostro la salud proporcionada por los ejercicios físicos, rasgaban el aire con sus voces dando vivas al buen Padre.

Luego comenzó la velada en el salón de actos adornado artísticamente, quedando lleno de bote en bote. La presidencia fué ocupada por el Revmo. P. Albera, D. Clemente Bretto, Ecónomo general de la Congregación, el Rev. Sr. Inspector D. José Manfredini, los Señores Párrocos de ambos Carabancheles y Leganés, los Señores Alcalde y Teniente-Alcalde y algunas otras distinguidas personas entre las cuales nos es grato notar a Doña Estéfana de Céspedes, insigne Cooperadora de nuestras obras, venida expresamente de Madrid para manifestar una vez más su simpatía a la persona del P. Albera.

Después del himno, muy bien interpretado por la escolanía, el Sr. Director del Colegio leyó un discurso de bienvenida, haciendo resaltar el carácter especial de esta casa con su Oratorio festivo, sus estudiantes de latín, Novicios y Teólogos y ofreciendo al Pádee el cariño sin igual de sus hijos. Saludaron asimismo a su amadísimo Superior en aplaudidos discursitos los diferentes grupos del Colegio. El monólogo italiano « Il Cappello » hizo pasar un rato divertidísimo a cuantos conocían un poco el meliflúo idioma de Dante. Un número muy interesante fué un *O Sacrum Convivium* en canto llano interpretado por el Coro.

El Sr. Alarios hizo uso de la palabra en nombre de la Juventud Católica de Carabanchel Bajo. Elogia calurosamente la Obra Salesiana diciendo que su labor es la más grande, la más noble, la más santa porque haciendo de los niños de hoy hombres honrados para mañana, da a la Patria ciudadanos dignos y a la Iglesia de Cristo esforzados adalides. Evoca los tiempos en que España fué poderosa, fuerte y temida, y dice que lo fué porque España era entonces la España Católica cuya fe ardía en el pecho de todos y principalmente en el del soldado que, inflamado en ella, conquistaba territorios para su Rey y almas para su Dios. Termina diciendo que para saludar a D. P. Albera pone a sus pies los corazones todos de las juventudes católicas. Numerosos aplausos coronan sus brillantes párrafos.

También habló D. Emilio Carrascoso, redactor de *El Debate* siendo muy aplaudido. Del drama *Ad Golgotha* escrito en latín por el Dr. D. J. Francesca S. S. oímos hacer grandes elogios, tanto de la parte literaria como de la ejecución.

Y puso término a la velada D. P. Albera pronunciando breves pero sentidas palabras de gratitud a cuantos habían concurrido al acto; el público le despidió con una delirante ovación.

El día 1º de abril lo dedicó a hablar con sus queridos Salesianos y Novicios, recibiendo también varias visitas. A la comida honraron nuestra mesa el Sr. Conde de la Cortina, el distinguido escritor D. Modesto H. Villaescusa y otro grupo de ex-alumnos de Utrera. Por la tarde dió una conferencia al personal de la Casa.

El día 2 fué el último que tuvimos a nuestro querido Padre en nuestra compañía. Nos dijo la misa de Comunión, acudiendo numerosas personas a recibirla de su mano.

A medida que se acercaba la hora de la separación, la alegría parecía trocarse en congoja que se dió a conocer en las sentimentales composiciones recitadas durante la última comida en compañía del buen Padre, aumentando la nota triste de la próxima despedida. Pero en medio de ese sentimiento general, que a todos nos embarga, pronuncia el Sr. Inspector breves palabras que son para nosotros un rayo de esperanza, pues nos hace acariciar la idea de ver de nuevo en época no lejana a nuestro Superior en las fiestas de la inauguración de las Escuelas Profesionales Salesianas de Madrid. ¡Quiera el Cielo concedernos tanta ventura! Nuestras plegarias irán dirigidas al Altísimo para que brille bien pronto tan hermoso día.

A las 4 p. m. ya esperaba al Padre el auto que le había de llevar a Madrid y las campanas de la Parroquia echadas a vuelo anunciaban la marcha de nuestro queridísimo Superior. El cuadro fué verdaderamente tierno. En la puerta le despidieron los Teólogos, Novicios, Hijos de María, el Sr. Párroco y clero de Carbanchel, el Sr. Teniente Alcalde y numeroso pueblo que no sabía como separarse de él, mientras el Sr. Director iba a acompañarle hasta Madrid.

Al arrancar el auto se oyó un delirante ¡Viva Don Albera! contestado por todos, mientras él nos saludaba por última vez dándonos su paternal bendición.



MEMORIAS BIOGRÁFICAS

DE MONS. LUIS LASAGNA

CAPITULO XLIX (Continuación.)

Hacia las tres los misioneros llegan a Juiz de Fora. Es la más hermosa de las ciudades modernas del Brasil, construída a la europea y coronada de altos montes revestidos de vírgenes florestas. Junto al vagón de los misioneros se agolpan algunos mozalbetes de mala catadura: miran a aquellos sacer-

dotes y a aquellas hermanas, y se desatan en imprecaciones, amenazas y horrendas blasfemias. Azoradas las pobres Hijas de María Auxiliadora apresúranse a correr las persianas de las ventanillas; mas aquellos energúmenos añaden con satánica sonrisa: « ¡Sí, cerrad en hora buena!... ¡Dentro de poco veréis! » Los Salesianos y las Hermanas no se imaginan por cierto a qué aluden aquellos fogados. Mas persistiendo ellos en su lenguaje verdaderamente infernal, el P. Zatti, no pudiendo tolerar por más tiempo tan impía desfachatez, baja del tren para increpar al más insolente como se merece. Aquel demonio se aleja con presteza, y como el tren arranca el buen sacerdote vuelve a entrar en el coche sin decir palabra. Sin embargo *aquellas palabras de color oscuro* han quedado harto impresas en la mente de las tímidas esposas de Jesucristo para que no las hagan tema de su conversación. Presa de los más sombríos presentimientos, se interrogan:

— ¿Qué significarán aquellas terribles amenazas?

— ¿Y por qué querrán hacernos mal a nosotros que deseamos hacer bien a todo el mundo?

— ¿Conque es cierto, dice otra, que nos cabrá la suerte de sufrir algo? ¡Entonces sí que mereceremos el nombre de esposas de Jesús Crucificado!

— ¡Oh, pluguiese a Dios que pudiéramos llegar al cielo con la palma de los mártires!

— Mas para ser mártires tendríamos que ser sacrificadas en odio a Jesucristo y a su Iglesia.

Una de ellas se vuelve hacia la Madre Superiora y la dice sonriendo: Madre, antes de ir al martirio déjenos alguna reliquia.

La Superiora respondiendo en el mismo tono, se quita un zapato y arrojándosele, dice: « Ahí va la reliquia, guardadla ». Todas rompen en una jovialísima carcajada y así termina la conversación.

Entretanto el tren vuelve a emprender su vertiginosa carrera y las buenas religiosas se recogen en la oración. Unas empiezan a rezar el rosario, otras a cumplir la *hora de guardia*. Los sacerdotes comienzan a decir el oficio. Monseñor y su secretario también están ocupados en prácticas de devoción: todos rezan.

El tren se ha alejado algo más de un kilómetro de Juiz de Fora, cuando se oyen repetidos silbos de la máquina. Monseñor asoma la cabeza por la ventanilla y le corre un estremecimiento por todo el cuerpo al divisar un tren que viene furiosamente hacia ellos. Sin embargo de pronto cree que hay doble binario; mas observando mejor la vía y viendo un hombre arrojarle de la máquina, ya no puede alucinarse: el desastre es inminente. Los dos maquinistas que, debido a una curva, no se han avistado antes, al hallarse repentinamente a poca distancia el uno del otro dan el contravapor, y, arriesgando su propia vida, intentan detener de golpe las máquinas; pero es tarde, y esto no produce más que una brusca disminución de velocidad que arranca un grito a Monseñor: « ¡Dios mío, un choque! ¡María Auxiliadora, salvadnos! » Aun no había terminado la frase cuando con la rapidez del rayo chocan los dos trenes; encimánse las locomotoras con tremenda sacudida y se hacen trizas: los

vagones se embisten tumultuosamente; el del correo con la resistencia desarrollada por la detención del tren se empuja por la parte anterior, penetra en el de los misioneros, desbarata las paredes, arrollando los asientos, aplastando las personas, y se detiene a la distancia de medio metro de los PP. Albanello y Zatti. Estos se hallan salvos por milagro y con horror ven su espléndido vehículo en un abrir y cerrar de ojos trocado en un hacinamiento de maderas, bancos, hierros y... cadáveres. A sus mismos pies yacen un Salesiano y una Hermana anegados en un charco de sangre.

Fuera de sí por el espanto, los dos sacerdotes apenas atinan a dar gracias a Dios por haberlos librado y dan la absolución a los moribundos. Mas luego su pensamiento vuela a Monseñor, y no pudiéndole ver, le llaman con voz entrecortada por el llanto. El P. Zatti, pasando por la única ventanilla que ha quedado ilesa salta a tierra, se precipita hacia el extremo opuesto del vagón, busca con ojos desencajados al Obispo y le halla apretado entre las paredes de dos vagones. Tenía la cabeza apoyado en la ventanilla y el pecho aplastado. Acaso respiraba todavía porque a una hermana superviviente que le pedía socorro, la había respondido un momento antes: « ¡No puedo ayudaros, recurrid a María! » No era posible socorrerle.

A tal vista el P. Zatti fuera de sí echa a correr a campo traviesa sin saber adónde: llora, aúlla rompiendo siniestramente aquel sombrío silencio cuyo horror es aumentado por el caer de una lluvia deshecha. Recobrándose, vuelve hacia el tren, llama llorando a Monseñor... Pero ya no puede alucinar: el Obispo de Trípoli, víctima de aquel horrible desastre, yace cadáver.

Entretanto los Salesianos y los viajeros que han quedado incólumes consternados bajan a tierra sin saber que hacerse; pero reflexionan que no deben perder el tiempo en vanos lamentos, que tal vez entre aquellas ruinas, no obstante el silencio sepulcral que reina en torno, hay aun vivientes que necesitan pronto socorro; cobran ánimo y sin tardanza emprenden el salvamento. El P. Albanello y el P. Zatti, con arrojo y presencia de espíritu admirables; después de salvar y socorrer al acólito Guillermo Bruckhauser que tiene la cabeza apretada entre dos maderos, piden hachas, sierras, palancas. Se ponen al frente de los que han acudido y comienzan a derribar cuanto aun queda enhiesto del vagón correo para abrirse paso y llegar hasta las víctimas que yacen debajo de él. Después de unos diez minutos de esfuerzos heroicos se ve salir de entre aquellos escombros una mano: es una Hermana que fuera de sí pide socorro. El P. Zatti le estrecha aquella mano para asegurarle que cabalmente van en su auxilio; pero aquella infeliz le atrae hacia sí con tanta violencia y desesperación, que el pobre sacerdote no puede zafarse de ella. No hay palabras con que describir la impresión producida en los circunstantes por aquella escena de dolor. Comprenden que no trabajan en vano; redóblanse sus bríos y la faena continúa con ansia febril.

Entretanto el funesto anuncio llega con la velocidad del rayo y cunde por Mariano Procopio, que apenas dista medio kilómetro, y por Juiz de

Fora. Aunque llueve a raudales de todas parte acude acude unánimemente un gentío inmenso al teatro del choque. De los primeros en llegar son los Padres Redentoristas Holandeses, que traen consigo el óleo santo para los moribundos. Juntos con los obreros que ellos mismos han llamado, con admirable espíritu de caridad y sacrificio se entregan al trabajo para socorrer a las víctimas. Apresúranse también a traer socorro varios excelentes médicos que prodigan los más cariñosos e inteligentes cuidados a los heridos. También el ministro protestante D. J. Taylor corre solícito en auxilio de los que sufrieran.

Se consigue ante todo extraer de aquel cúmulo de maderos despedazados a la pobre Hermana que primero había pedido socorro. Sus vestidos hechos jirones le cubren a medias el cuerpo todo herido y ensangrentado. Se la lleva cuidadosamente a la choza más cercana, habitada por una familia de negros, y allí los médicos le prestan los primeros cuidados. Aparece la segunda, Sor Paulina Heitzmann, pero ¡ay! en qué estado. Tiene la cabeza horriblemente contusa y toda sembrada de añicos de cristales, los brazos tan enormemente descarnados que se le ven los huesos, y además ha perdido un talón: el espanto la ha privado del tino, de manera que parece que ni aun siente el dolor de sus horrendas heridas. Ella también es acogida en la casa de los negros y entregada en manos de los sanitarios.

Entre tanto continúa la faena y se consigue abrir un segundo boquete por el lado derecho del vagón. Los ayes, los gritos de angustia van aumentando; todos piden socorro al P. Zatti cuyo nombre resuena a cada instante. Él responde con solicitud a todos; inspirándoles valor y paciencia, mientras, sin cuidarse de la lluvia y del cansancio, se continúan demoliendo las paredes y el piso de los dos vagones. Por la nueva abertura sale el hermano carpintero Domingo Germán casi sin heridas. Luego es sacada Sor María Casilla que más que persona humana parece un monstruo disforme: tiene la faz desfigurada, todo el cuerpo magullado y de los pies a la cabeza está empapada en barro y sangre. Uno de los médicos, caritativo Cooperador Salesiano, la lleva a su propia casa, y la cuida con todos los desvelos posibles.

Haciendo esfuerzos heroicos se llega hasta Sor Florisbela y se la encuentra también horriblemente maltrecha. Habiendo quedado inexplicablemente sin hábitos, a pesar de sus atroces sufrimientos e inmensa debilidad, con indecible esfuerzo logra entre aquellos escombros arrancar el dental ensangrentado a Sor Edvigis Gómez Braga que yace muerta a su lado, y así consigue cubrirse un tanto, pudiendo en ella más el pudor que los dolores.

La señora de Lusso, madre de un salesiano y de una Hija de María Auxiliadora, que estaba al servicio de las hermanas, tiene la suerte de salir con vida, pero todo su cuerpo está horriblemente marcado sin que le quede sana más que una pierna. Olvidada de sí la buena mujer pide auxilio para Sor Julia Argentón que, contorciéndose junto a ella, hace inútiles esfuerzos para desasirse de los maderos y

los hierros en que ha quedado aprisionada. Sus gritos infunden aliento a los trabajadores; caen las tablas a recios hachazos; pero desgraciadamente cuando el auxilio llega a ella, es demasiado tarde: la infeliz expira entre los más crueles tormentos. Continúan serrando maderas, desencajando fieros y transportando muertos y heridos y pueden finalmente separar la parte del vagón contra el cual, horriblemente aplastado se halla el cadáver de Mons. Lasagna. Es religiosamente recogido, y llevado a la iglesia de los Padres Redentoristas. Como en el momento del choque tenía la cabeza asomada a la ventanilla, no se le nota en el rostro más que un leve rasguño. Ni aun se ven rastros de sangre: sólo algunos anillos de la cadena en contacto con el cuello están ligeramente ensangrentados. En su semblante no hay nada de tétrico, ninguna contracción; sólo la palidez de la muerte. Tiene los labios entreabiertos, los ojos entornados: ha muerto en medio de atroces tormentos, mas parece que en su frente flota la paz del justo y la bendición de Dios. Y de esto nos hemos podido cerciorar contemplando profundamente angustiados, su mascarilla en la Exposición de Arte Sagrada de Turín, el año 1898. Exponíanla los aventajados escultores italianos José Caporail y Alejandro Formento, que la habían tomado del cadáver mismo en el cementerio de Juiz de Fora, antes que fuese bajado a la tumba.

Descúbrese luego el cuerpo de la Madre Teresa Rinaldi que, además de otras heridas, tiene la cara traspasada por un gran trozo de hierro.

Continuando el salvamento, se halla poco después el cuerpo de Sor Petronila Imas que tiene la cabeza hendida y está en gran parte bajo las ruedas del vagón. Sólo después de doce horas de trabajo, es decir, cuando los dos coches quedan enteramente deshechos, es posible extraer sus miembros destrozados. Tendido sobre el pavimento está el cuerpo exánime del joven secretario Padre Bernardino M. Villaamil. Se le vió, con la cabeza asida entre dos maderos, agitarse, sacudir las manos y los pies; pero desgraciadamente demasiado tardó el socorro, y cuando se pudo llegar a él ya había exhalado el postrer suspiro.

A la entrada del vagón, la cual en América suele estar en los testeros, por el lado que ocupaban las hermanas son recogidos con horror los cadáveres de Sor Julia Argentón y de Sor Edvigés Gómez Braga. El craneo de ésta última está despedazado; los sesos derramados por el suelo y los otros miembros asimismo hechos jirones. Los buenos Padres Redentoristas los hacen envolver en blancos lienzos y trasladarlos a su iglesia.

Son, pues, seis los que han perecido en aquella tremenda catástrofe. Mons. Lasagna, su secretario y cuatro Hermanas de María Auxiliadora. Otra víctima se halla todavía entre la máquina y el tender: es el maquinista del tren directo en que viajaban los Salesianos. Cosa digna de ser notada y que da lugar a gravísimas reflexiones, es que ni uno sólo de los pasajeros de los otros coches fue ni levemente herido.

En aquella fecha la Iglesia perdía un intrépido misionero, un celosísimo Prelado, un verdadero

apóstol; Italia lamentaba la pérdida de uno de sus más ilustres ciudadanos; la Pía Sociedad Salesiana estaba inconsolable al ver que la muerte le arrebató inopinadamente a uno de sus hijos más queridos, una fuerte columna de sus misiones, una de sus más puras y espléndidas glorias. Tenía razón monseñor Brito, el príncipe de los oradores brasileños, al exclamar: « Había que ofrecer a Dios en sacrificio una flor, y esta debía ser la más fragante de todo el ramillete. Era necesario sellar con sangre la obra inmortal de los Salesianos en el Brasil; esta sangre quiso Dios que fuera la más preciosa: la de Mons. Lasagna ».

(Continuará).

TESORO ESPIRITUAL.

Los Cooperadores Salesianos que *confesados y comulgados*, visiten devotamente una iglesia o capilla pública, o si viven en comunidad, la propia capilla, y rueguen según la intención del Sumo Pontífice, pueden ganar las siguientes indulgencias plenarias:

Para el mes de julio:

- Día 2. La Visitación de la Virgen SS.
- » 6. La Preciosísima Sangre de N. S. Jesucristo.
- » 16. Ntra. Sra. del Carmen.

Cada mes:

- 1. Un día cualquiera de libre elección.
- 2. El día en que hagan el *Ejercicio de la buena muerte*.
- 3. El día en que tengan conferencia.

Cooperadores Salesianos difuntos.

ESPAÑA.

- Sr. D. Joaquín Carpio Arcas (Cuenca).
- » Juan Recuenco »
- » Mariano Núñez »
- Rdo. S. D. Pedro S. de la Cerda Cuenca.
- Sr. D. Manuel Sancho »
- » Joaquín Lozano »
- Sra. Da. Camila Bascuñana Masegosa (Cuenca).
- Sr. D. Agapito Caba »
- Rdo. Sr. D. Evaristo Prieto Riofrio
- Sr. D. Valentín Saiz Villar del Horno
- » Cosme García »
- » Baldomero Díaz »
- » Ignacio Villar »
- » Félix de la Torre »
- » Aquilino Morales »
- » Cecilio Herráiz »
- » Martín Huerta »
- » Victoriano Arcas »
- Sra. Da. Simona Sáiz »
- » María Ortega »
- » Ignacia García »

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica:
Gerente: JOSE GAMBINO.
Establec. Tip. de la S. A. Int. de la Buena Prensa
Corso Regina Margherita, N. 176- TURIN.